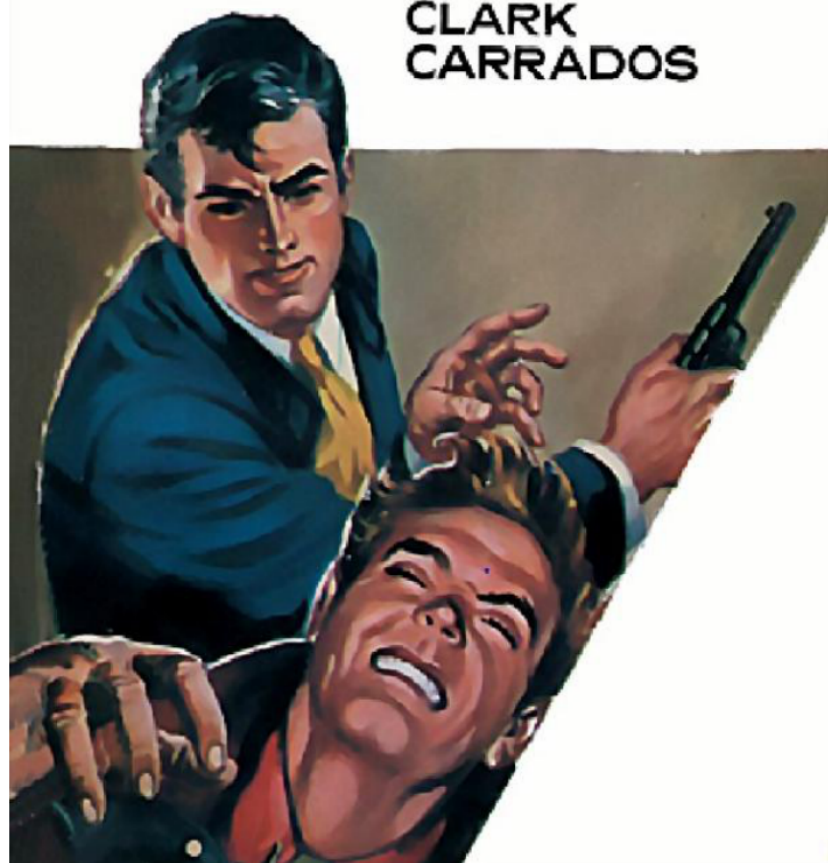


BOLSILIBROS
BRUGUERA
SS
SERIE
SERVICIO SECRETO

De sangre ardiente

CLARK
CARRADOS





SS **SERVICIO SECRETO**



CLARK CARRADOS

DE ARDIENTE SANGRE

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.013

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal B 41.673-1969
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: enero, 1970

© CLARK CARRADOS -1970
sobre la parte literaria

© EMILIO FREIXAS -1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

EL coche se detuvo con agudo rechinar de frenos delante de la valla que enmarcaba un jardín poco cuidado. Un hombre se apeó del vehículo y contempló durante unos instantes la casa situada al fondo, a irnos veinticinco metros de distancia.

Era todavía joven, a pesar de que tenía las sienes plateadas, detalle que le confería una edad mayor que la que realmente poseía. Una mueca amarga curvaba sus labios hacia abajo en un gesto escéptico.

No era muy alto. Quizá lo parecía menos aún, debido a la anchura de sus hombros. Tenía el pelo intensamente negro y los ojos eran del mismo color. Su piel aparecía tostada, señal indudable de que era amante de la vida al aire libre.

Lee Selfton se colgó un cigarrillo de los labios. Según el mensaje, allí era donde residía su amigo Jake Nead.

Su amigo necesitaba ayuda.

—¿En qué lío se habrá metido? —masculló, mientras abría la puertecita que cerraba la valla del jardín.

Avanzó hacia la casa con andar en apariencia indolente. Sus pupilas no perdían el menor detalle de cuánto divisaban a su alrededor.

Selfton llamó al timbre. Segundos después, se abrió la puerta.

Un hombrecillo esmirriado, de cráneo pelado, nariz ganchuda y ojos como perdigones, le contempló de hito en hito durante algunos segundos.

—Lee —dijo al cabo—. Lee Selfton.

—El mismo que viste y calza, compadre. ¿Qué tal, viejo buitre?

—Estoy... estoy a punto de echarme a llorar —confesó Nead—. Has venido, Lee, has venido...

—Claro, ¿no me llamaste tú?

—Sí, pero... Está bien, entra, entra, Lee. ¿Qué quieres beber?

—Lo que me pongas, Jake.

Nead cerró la puerta. Selfton contempló la casa. Antigua, pero sólida. Al fondo de la sala había una puerta entreabierta.

De allí llegaba un ruido raro.

—¿Quién se pega? —preguntó.

—Es el campeón. Se está entrenando con uno de sus *sparrings* —contestó Nead, mientras llenaba dos vasos—. Por él te he llamado, Lee.

—Muy bien. ¿Qué te sucede? —preguntó Selfton, sin descomponer el gesto.

—Brake, Rex Brake —contestó Nead, a la vez que entregaba un vaso al recién llegado.

—¿Quién es ese Brake?

—Quiere la mitad del campeón. Lee.

Selfton alzó las cejas.

—¿Cómo? —exclamó.

—Perdona, compadre —se disculpó Nead—. Tú ya sabes que yo me encargo de entrenar al campeón...

—A mí no me hables de boxeo, no me gusta, Jake —cortó Selfton.

—Buena, pero tienes que enterarte del asunto. Tom Haden tiene madera de campeón. Llegará muy lejos, ¿sabes? Todos sus adversarios han caído antes de la cuenta, menos uno. Lleva dinamita en los puños.

—Y eso significa dinero —dijo Selfton inesperadamente.

—Sí. Brake quiere la mitad. Oh, es generosísimo —dijo Nead con sarcasmo—; permitirá que yo siga encargándome del campeón. Pero él controlará los ingresos.

—Y tú no quieres, naturalmente.

—Imagínate, Lee. Hay mucho podrido en este negocio, pero yo he jugado siempre limpio. Me ha gustado descubrir campeones y he logrado buenos éxitos, pero éste va a ser el mejor de mi carrera. Y como Brake no es tonto ni mucho menos...

—Quiere meter sus manos en el pastel.

—Justamente. Sin arriesgar un solo centavo, ni perder una hora de sueño...

—O sea que es un granuja de marca.

—Oh, si sólo fuera un granuja. Yo me las entendería fácilmente

con él —dijo Nead sin asomo de orgullo—. Le daría cien mil vueltas, créeme; pero no puedo competir con sus pistoleros. ¿Sabes qué pasaría si me negase?

—No. Dímelo tú, Jake.

—Me liquidaría y buscaría otro manager para el campeón, así de sencillo. ¿Te das cuenta de la clase de tipo que es Brake? —Nead bajó la voz de pronto—. Se dice que tiene conexiones con altos jefes del hampa de Nueva York. Y no me extrañaría en absoluto; se ha metido a la ciudad en un bolsillo.

—Un *gangster* por todo lo alto, Jake.

—Justamente, Lee. Bien, ¿qué me dices? —preguntó Nead ansiosamente.

Antes de contestar, Selfton contempló un instante el contenido de su vaso al trasluz.

—¿Qué dice el campeón? —preguntó al cabo.

—Oh —gruñó Nead en tono despectivo—. Como todos: es un pedazo de carne con patas, que no entiende más que de dar puñetazos y de esquivarlos. Hará lo que yo le diga y poco le importa si me uno a Brake o al gobierno solo. Pero yo sé lo que vendrá después, Lee. Combates amañados, ¿comprendes?

—Sí. Cuando el campeón esté en la cima, le hará perder, sobre todo en el momento en que las apuestas estén muy altas.

—Exacto, Lee. Escucha, compadre, yo no soy un santo ni he pretendido serlo nunca; pero hay algo en lo que siempre he jugado limpio: mi oficio, ¿comprendes? Antes que jugar con la credulidad de las gentes honradas; antes que decirle a uno de mis pupilos que tiene que perder el combate, dejaría el oficio. ¿Está claro, Lee?

—Clarísimo, Jake.

Nead miró a su amigo con expectación.

—¿Me ayudarás, Lee?

—Con una condición, Jake.

—Aceptada —dijo Nead ávidamente.

—Yo no me ocuparé de asuntos de boxeo; sólo me ocuparé de que no te suceda nada. En suma, que necesito plena libertad de acción.

—La tendrás, Lee —accedió Nead.

—Muy bien, y ahora, dame datos de ese tal Brake.

—De acuerdo, pero espera un momento. Voy a darle

instrucciones al campeón para que prosiga el entrenamiento y... A propósito, ¿dónde te alojarás? En esta villa hay sitio de sobra.

—Veremos —contestó Selfton evasivamente—. Anda, ve a ocuparte de tu pupilo. Luego seguiremos la charla.

—Sí, Lee. —Nead sonrió agradecido—. Sabía que no dejarías a un amigo en la estacada.

Por primera vez en todo el tiempo, Selfton sonrió.

—¿Sabes, Jake? Siento cierta debilidad por los tipos como Brake. Por eso estoy aquí, además de por ser tu amigo, claro está.

Una hora después, Selfton se dispuso a abandonar la casa.

—Me alojaré en un hotel —manifestó.

Ya había hablado extensamente con su amigo y estaba por completo al corriente de cuánto era y representaba Rex Brake en la ciudad. Entonces, cuando se disponía a salir, llamaron a la puerta.

Nead se dirigió hacia la entrada y escrutó a través de la mirilla. De pronto, muy pálido, se volvió hacia Selfton.

—Son ellos —dijo.

—¿Ellos? —repitió Selfton—. ¿Quiénes?

—Andy Brake, el hermano de Rex, y Dan Mallini, otro tipo de la banda. Son dos rufianes de la peor especie.

La llamada se repitió. Selfton dijo:

—Anda, abre.

—Sí, Lee.

Nead abrió.

—Hola —dijo con voz bronca, de tono poco amistoso.

—¿Qué tal, melón? —rió alguien, palmeando la brillante calva del manager.

—Ho... hola —tartamudeó Nead—. ¡Cu... cuánto gusto en verlos po... por mi casa, señores...!

Brake se volvió hacia su compinche y rió aparatosamente.

—¿Has oído, Dan? Se siente contento de vemos. ¿No te parece divertido? —exclamó.

—Debe de ser el primero que dice una cosa semejante —contestó Mallini, con un humor insospechado en un sujeto de su catadura.

—A mí también me extraña, pero puesto que lo dice él... Bien —habló Brake de nuevo—, hemos venido a por la contestación. Mi hermano te hizo una propuesta y todavía no le has dicho nada. Es

hora ya de que tomes una decisión, Nead.

El manager se mordió los labios.

Inspiró con fuerza y dijo:

—La respuesta es: ¡No!

Brake y su compinche quedaron callados un momento, asombrados, sin duda, de la repentina energía que mostraba aquel individuo al que cualquiera de los dos podía derribar fácilmente. Brake se metió el meñique en el oído y dijo:

—No sé qué ha sonado por ahí, Dan. ¿Tú qué crees que era?

—Piaba un pajarito, ¿no?

—Sí, algo de eso parecía —convino Brake con fingida cortesía—. ¿Qué, le convencemos de que diga sí?

Mallini metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y se colocó unos nudillos de acero.

—¿Vale esto, Andy?

—Vale, Dan. Empieza ya.

Mallini se acercó al aterrado Nead. De pronto, oyó un golpe sordo a sus espaldas.

Era como un «crak». Asombrado, Mallini se volvió justo a tiempo de ver cómo Brake se derrumbaba.

Selfton había permanecido junto a la puerta, silencioso, sin que ninguno de los dos pandilleros se diese cuenta de su presencia. Sólo en el momento oportuno se había decidido a intervenir.

Los ojos del rufián brillaron singularmente. De súbito, emitió una maldición y, al mismo tiempo, se lanzó hacia adelante.

Disparó el puño, pero los nudillos de acero no encontraron su blanco. Selfton saltó lateralmente, a la vez que elevaba ambas manos.

Con la derecha, agarró la muñeca de Mallini. La izquierda se apoyó en su nuca.

Empujó. Empujó con fuerza. Mallini se estrelló contra la pared.

Lanzó un sordo gemido y cayó sin conocimiento.

—Cielos, eres un tornado —dijo Nead.

Selfton no contestó, Inclinandose sobre los dos bandidos desmayados, los registró cuidadosamente, quitándoles las pistolas.

—Tienes un magnífico sótano, Jake —dijo.

—Sí, desde luego, pero... ¿qué piensas hacer, Lee?

Selfton se incorporó.

Miró a su amigo.

—Te he pedido carta blanca —contestó.

—Sí, tienes razón, Lee.

—Entonces, no te preocupes de más. Una cosa, sí llaman por teléfono preguntando por estos dos bigardos, no digas nada hasta que yo te lo permita. Quiero decir que tienes que contestar que no los has visto. ¿Entendido?

—Entendido, Lee.

Brake y Mallini despertaron minutos más tarde, en el encementado suelo de un sótano sin otra abertura que la puerta de entrada y desprovisto en absoluto de toda clase de muebles.

Selfton se había cuidado de sacar previamente todos los trastos viejos que había allí almacenados. Esperó a que los pandilleros se hubieran recobrado y les dirigió una fría mirada.

—Ustedes han venido a atacar a un buen amigo mío —dijo—. Es el peor error que podían haber cometido en su vida y lo pagarán bien caro.

—¿Quién es usted? —preguntó Brake, todavía aturdido por el golpe recibido.

—¿Yo? —contestó Selfton—. El hombre que va a limpiar la ciudad de la mala hierba que son ustedes y todos cuantos pretendan vivir a costa de las personas decentes.

CAPÍTULO II

LA chica era alta, esbeltísima, de pelo tan rubio que casi parecía blanco, ojos muy claros y vestimenta elegante y sofisticada. Parecía muy afectada en aquellos instantes.

Había un hombre a su lado, vestido con ropas de precio. Ambos estaban en un rincón de la barra de un local de lujo.

El hombre tenía una expresión orgullosa y autoritaria. Ella luchaba por contener el llanto y movía negativamente la cabeza a cada frase que pronunciaba su interlocutor.

Cerca de la pareja había dos sujetos con aspecto de guardaespaldas, ajenos al parecer a la discusión que sostenía. Al fin, la chica agarró su bolso y se dirigió precipitadamente a la salida.

Entonces, Selfton se acercó a la barra y se situó al lado del hombre.

—Usted es Brake —dijo a media voz.

Brake se volvió y le miró.

—Sí —admitió escuetamente.

—Me llamo Selfton. Usted no me conoce, Brake.

—Por supuesto —el *gangster* entrecerró los ojos—. ¿Qué quiere de mí? —preguntó.

Selfton encendió un cigarrillo.

—Tenía problemas con la rubia, ¿eh?

—Eso no le importa...

—Tiene razón; no me importa. En cambio, sí me importa lo que le pasa con mi amigo Jake Nead.

El cuerpo de Brake se puso rígido.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Amigo de Jake, ya se lo he dicho. Por cierto, yo estaba esta mañana con él cuando su hermano y otro bastardo fueron a verle.

Brake frunció el ceño. Atardecía ya y desde aquella mañana no había vuelto a ver a su hermano.

—¿Qué le ha pasado a Andy? Si le ha hecho algo, juro que...

—No jure nada y cuide de sí mismo, Brake. Usted quiere algo de mi amigo Brake y él opina que no desea aliarse con un piojoso forajido como usted. Por tanto, he venido a advertirle de que debe abandonar la ciudad.

El *gangster* se quedó atónito.

Era la primera vez que alguien osaba decirle una cosa semejante. La frases de Selfton le dejaron momentáneamente sin habla.

—Escuche —dijo al cabo—. Voy a decirle una cosa. Tengo ahí a dos buenos amigos...

Selfton sonrió de costadillo.

—Mire a su derecha, Brake —dijo.

El rufián obedeció.

Bajó la vista. Inmediatamente se puso lívido.

Un afilado estilete se apoyaba en su costado derecho. La postura de ambos hombres facilitaba la ocultación del arma a los demás clientes del local.

—Ande, amenáceme ahora —dijo Selfton—. Llame a los amigos y será lo último que haga en su podrida existencia.

Selfton sonrió.

—No se lo repetiré más, hijo de perra —añadió—. Abandone la ciudad o se quedará en Wabasha para siempre. Eso es todo.

El estilete desapareció. Tranquilamente, sin ser molestado, Selfton se dirigió hacia la salida.

Brake reaccionó. Ebrio de ira, aunque procurando mantener la compostura exterior, llamó a sus dos acólitos.

—Seguid a ese sujeto —ordenó—. Echadle el guante en un sitio adecuado. Luego lo lleváis a la calle Ellis.

Los esbirros asintieron en silencio. Salieron a la calle.

El coche de Selfton arrancaba en aquel instante. Los pandilleros saltaron al suyo y se lanzaron en su persecución.

Selfton lanzó una mirada al retrovisor.

Sonrió. Le seguían.

Era tal como había calculado. Durante un rato, condujo moderadamente por las calles de la ciudad.

Al cabo de un rato llegó al barrio más antiguo. Eligió un callejón y se metió en él. Frenó rápidamente, saltó fuera y se escondió tras una pila de cajones vacíos.

El coche de los bandidos apareció casi en el acto.

—¡Ahí está! —gritó uno de ellos.

El vehículo se detuvo. Los dos rufianes saltaron al suelo y corrieron hacia el otro automóvil.

Pasaron junto a la pila de cajones. Una mano asomó de pronto y descargó un seco golpe en el cuello de uno de los dos pistoleros.

El otro oyó el ruido y se volvió. Inmediatamente, llevó la mano a su pistola.

Unos dedos de hierro aferraron su muñeca. Casi en el acto, oyó un chasquido.

Algo punzante se apoyó en su cuello.

—¿Qué tal, granuja? —preguntó Selfton.

El bandido estaba aterrado.

Sudaba sólo de pensar que bastaría una ligera presión para morir degollado.

—Sí, eso es lo que estás pensando —dijo Selfton—. Sólo tendría que empujar un poco y te cortaría la yugular. Pero te perdonaré la vida si me dices una cosa.

—¿De... de qué se trata? —preguntó el pandillero.

—Brake os dio una orden. ¿Qué dijo?

—Yo... nosotros...

—¡Contesta!

—Está bien. Teníamos que llevarle a... a un local de la calle Ellis...

—¿Número?

—Ciento noventa y dos... Es... es un garaje...

—Suficiente —cortó Selfton.

El estilete desapareció. Su mano derecha se movió a continuación con la velocidad de un relámpago.

Selfton cargó el coche con los pandilleros. Luego, pensó, volvería a recoger el suyo.

—Calle Ellis, ciento noventa y dos —repitió, mientras maniobraba en marcha atrás para sacar el coche del callejón.

Rex Brake llegó al garaje minutos más tarde. Abrió la puerta y encendió las luces.

Una exclamación de rabia brotó inmediatamente de sus labios.

Sus dos guardaespaldas colgaban de una viga del techo, suspendidos por las muñecas unidas, de una sola cuerda. La

posición no podía ser más incómoda.

Brake rugió de ira.

Sin necesidad de que se lo explicasen, comprendió quién era el autor del hecho.

Uno de sus esbirros tenía un papel prendido en la ropa con un alfiler. Desoyendo las súplicas de sus esbirros, Brake arrancó el papel de un manotón y leyó:

NO LO OLVIDE. ABANDONE LA CIUDAD O IRÁ A
PARAR EL CEMENTERIO

Brake estrujó el papel con gesto exasperado.

¿Quién era aquel tipo osado, que se atrevía a desafiarle de semejante manera? Pero, sobre todo, ¿qué se proponía al darle aquella orden?

¿Acaso quería ocupar su puesto?

Los gruñidos de sus esbirros le volvieron a la realidad. Buscó un instrumento cortante.

El otro extremo de la cuerda estaba atado a una anilla incrustada en una pared de cemento. Brake la cortó y los dos pandilleros cayeron rodando al suelo.

—Idiotas —les apostrofó—. Pero ¿cómo...?

Era inútil pedirles explicaciones. Cortó las ligaduras y mientras sus esbirros se reponían, se dirigió al despacho, situado en un ángulo del edificio.

Encendió la luz y se acercó al teléfono, que se hallaba sobre el escritorio. Entonces reparó en un papel que había sobre la mesa.

Era otro mensaje análogo al anterior, aunque ligeramente más largo:

VÁYASE DE LA CIUDAD O ACABARÁ EN EL
CEMENTERIO, POR CIERTO, ¿DONDE ESTÁN SU
HERMANO Y MALLINI?

Brake prorrumpió en una retahíla de maldiciones, que le duró hasta quedarse sin aliento. Entonces, se acordó del teléfono.

Marcó un número y esperó.

Fue una espera vana. Jake Nead no contestó a la llamada.

—El jefe la espera en su casa, nena.

María Moon se volvió y miró al que le había hablado.

Palideció. No le conocía, pero estaba segura de que era uno de los esbirros de Brake.

—No quiero ir... —contestó débilmente.

La manaza del rufián se apoderó de su delicado brazo.

—Vamos, hermosa. Cuando Brake dice una cosa, se le obedece.

María apretó los labios. Vaciló.

Estaba en un bar. Había gente.

Podía llamar la atención. Evitaría ir adonde no que ría, pero sólo sería una solución momentánea.

—Está bien —accedió, resignándose.

Salió del bar, sujeta por el pandillero, y cruzó la acera. Un coche esperaba parado junto al bordillo.

—Entre ahí —indicó el esbirro.

María obedeció. El pandillero se situó tras el volante y dio el contacto.

El automóvil se puso en movimiento. Instantes después, su conductor sintió una cosa fría y dura que se apoyaba en su nuca, a la vez que escuchaba una voz amenazadora:

—Siga recto hasta donde yo le indique y no intente volver la cabeza o será lo último que haga en su vida.

María exhaló un grito de susto.

—No tema, señorita —dijo la misma voz—. Sólo pretendo ayudarla.

Ella se volvió y divisó la silueta de un individuo sentado en el asiento posterior.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Luego hablaremos —contestó Selfton—. Repito que no debe temer nada.

—Gracias, señor —musitó la joven.

El coche siguió rodando hasta varios kilómetros fuera de la ciudad. Entonces, Selfton se dirigió al conductor:

—No quites las manos del volante, tú. Señorita, tenga la bondad de meter la mano dentro de la chaqueta de este tipo repugnante y quitarle la pistola que lleva ahí, seguramente.

María obedeció.

—Ya está —anunció, segundos más tarde.

—Muy bien. Para a la derecha del camino —ordenó Selfton.

El pandillero obedeció.

—Me llamo. Cheetsie y trabajo para Brake... —dijo en tono amenazador.

—Te llamas basura y, como te descuides, no vas a trabajar para nadie. ¡Sal del coche!

Selfton se apeó por el lado izquierdo, justo en el momento en que lo hacía el rufián. Éste intentó revolverse, creyendo coger desprevenido a su adversario.

Se equivocó. Selfton le golpeó primero en la mandíbula con la culata de su revólver, encerrada en la mano derecha: luego en la nariz y, finalmente, encima de la oreja derecha.

Cheetsie se derrumbó como buey apuntillado. María contemplaba la escena con ojos dilatados por el espanto.

Selfton enfundó el revólver. Luego agarró un brazo del pandillero y lo arrastró hasta la cuneta, dejándolo escondido entre unos altos hierbajos.

Regresó al coche y miró a la joven.

—Me llamo Lee Selfton y deseo ayudarla, señorita —manifestó.

—Soy María Moon —se presentó ella—. No sé cómo darle las gracias...

—Démelas contándome lo que le sucede, pero no aquí, sino en otro sitio más discreto —rogó Selfton.

María escrutó el rostro del hombre que tenía a su izquierda.

—El mejor sitio es mi casa —propuso.

—De acuerdo —aceptó Selfton, a la vez que ponía en marcha el vehículo.

CAPÍTULO III

ERA un apartamento confortable, modernísimo, decorado con audacia, pero, al mismo tiempo, con gusta exquisito.

Había intervenido la mano de un artista, pensó Selfton, mientras se quitaba el sombrero. María le señaló una mesita con bebidas.

—Sírvese a su gusto —indicó—. Tendrá que dispensarme unos momentos, señor Selfton.

—Por supuesto.

María desapareció, alta y erguida, en dirección a las habitaciones interiores. Selfton se sirvió una copa y la tomó a pequeños sorbos, pensativamente.

Encendió un cigarrillo. María volvió minutos más tarde, ataviada con un vaporoso pijama estampado, de diseño impresionante. Se había soltado el pelo y le caía largo y sedoso por los hombros.

Selfton le entregó una copa. Ella tomó un par de tragos. Luego le miró de frente.

—¿Por qué quiere ayudarme? —preguntó.

—La vi ayer, cuando hablaba con Brake, en el Harrod's —contestó Selfton.

—Sí, es cierto.

—El encuentro de hoy ha sido mera coincidencia, pero pude darme cuenta de que le disgustaba la presencia de aquel rufián. Por eso me escondí en el coche.

—Me asusté mucho —confesó María.

—No lo dudo. ¿Cuál es su problema con Brake?

—Unas cartas —respondió María.

—Entiendo. ¿Chantaje?

—Sí. Además...

María enrojeció.

—Siga —invitó él, al observar que se callaba.

—No me atrevo a expresarlo —murmuró ella.

—Usted le gusta a Brake.

—Sí. Imagínese lo que pretende.

—No es difícil adivinarlo. —Selfton dejó la copa sobre la mesita —. ¿Qué pasará si usted no accede a sus deseos?

—Hará públicas las cartas —contestó ella.

—Usted es soltera. No creo que ello le represente grave quebranto.

—Sí, pero el otro es casado.

—Ah —dijo Selfton.

—Cuando lo conocí, yo lo ignoraba. Lo he sabido después.

—Continúe, por favor.

—Entonces, rompí con él. Me había escrito unas cartas muy apasionadas. Por las fechas se puede deducir fácilmente que ya estaba casado.

—Y esas cartas están ahora en poder de Brake.

—Sí. Imagino que alguno de sus esbirros entró en mi casa mientras yo estaba ausente.

—¿Por qué las guardó?

—Ocurrió todo de una manera simultánea. Me enteré de que era casado y al día siguiente, al ir a buscar las cartas para quemarlas, ya no las encontré.

—¿Qué más?

—Bien, pocos días más tarde. Brake me anunció que quería hablar conmigo. Me amenazó con la publicación de las cartas.

—Pero eso no debe importarle a usted. El compromiso sería para el otro pájaro.

María bajó la cabeza.

—He visto a su familia. Su esposa y sus hijos son felices con él. Sufrirían terriblemente.

—Comprendo. Pero, para que eso no suceda, usted tiene que claudicar.

—Sí.

Brake aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Recobraré sus cartas —aseguró.

—¿Cómo lo hará? —preguntó ella, esperanzadamente.

—No se preocupe. —Selfton recogió el sombrero—. Tengo entendido que Brake tiene a la ciudad en un puño.

—Eso dicen, aunque yo me preocupo poco de tales asuntos. Sólo mi trabajo...

—¿Qué clase de trabajo?

—Dibujante de portadas y diseñadora de modas.

Selfton sonrió ligeramente.

—Estoy segura que es usted la autora de la decoración de la casa y del diseño del pijama que viste.

—Sí, en efecto. ¿Le gusta?

—Encantador —aprobó él.

María se ruborizó.

—No sé cómo darle las gracias...

—Olvidelo —cortó Selfton—. Odio a los tipos como Brake —añadió escuetamente.

Y se dirigió hacia la puerta.

—Vendré a traerle las cartas, tal vez mañana —dijo, momentos antes de despedirse.

El coche se detuvo frente a la casa. Brake se apeó y la contempló en silencio.

Tres hombres más se bajaron del vehículo. Brake dio una orden:

—Rocky, ve por la parte trasera.

—Sí, jefe.

—Vosotros dos, conmigo.

Brake caminó a lo largo del sendero enarenado que dividía en dos el jardín. Sus dos acólitos les seguían como perros de presa.

Llegaron a la puerta. Brake se quedó ligeramente rezagado.

Una voz anunció:

—Está abierta. Pasen, caballeros.

Brake respingó.

—Abre, tú —ordenó a uno de sus esbirros.

El hombre vaciló, pero acabó sacando la pistola. Pegó una patada y la puerta giró con violencia.

—¡Manos arriba! —gritó.

Sonó una carcajada.

—¿Me cree tan tonto? Sigan, sigan adelante y busquen la escalera que conduce al sótano. Brake, ¿está usted ahí?

—Sí —contestó el *gangster*, devorando la ira que corroía su ánimo.

—Entonces, cruce la sala y el gimnasio y abra la puerta que hay situada al extremo opuesto.

Brake echó a andar a grandes zancadas. Una vez hubo atravesado la sala, se encontró en el gimnasio.

Estaba desierto. Las señales de abandono eran evidentes.

Alcanzó la puerta y la abrió. Una bombilla iluminaba la escalera que conducía a un rellano inferior.

—¿Dónde está usted, Selfton? —rugió.

—Aquí, debajo de la escalera.

—Escuche, tenemos pistolas...

—Y yo tengo una cuerda —rió Selfton—. ¿La ve usted? Un cabo está en mi mano. El otro va a parar a la puerta que hay a dos pasos de la escalera. Si pego un tirón a la cuerda, explotará una bomba de mano, pegada a dos cartuchos de dinamita.

—¡Rayos! —juró uno de los pandilleros.

—No hará eso —farfulló Brake—. Él moriría también.

—Lo dudo mucho. La puerta es resistente. Quienes morirían serían su hermano y Mallini, que están encerrados ahí, en ese sótano, desde hace casi tres días.

Un bramido de furia se escapó de los labios de Brake.

—De modo que los tiene usted secuestrados —dijo.

—Lo admito. Me enojó mucho que vinieran a molestar a un amigo mío.

—Jake Nead —dijo Brake.

—El mismo.

—¿Dónde está?

—En donde usted no podrá meter las manos en su negocio. Pero no hablemos de Jake. Ése es un asunto que debe olvidar para el resto de sus días.

—¿Lo cree así?

—Oh, su hermano me sirve de garantía. Ya sé que no le importaría que yo me «cargase» a Mallini, pero el animal de Andy es otra cosa. Hace casi tres días que están aquí encerrados y en todo ese tiempo no han probado bocado ni bebido una sola gota de agua.

Un rugido de furia brotó de los labios de Brake. Selfton lanzó un grito de advertencia:

—¡Cuidado o tiro de la cuerda!

—¡Suelte a mi hermano! —aulló Brake.

—¿Y a Mallini no?

—¡A los dos! ¡Suéltelos!

—Eso le va a costar algo, Brake.

—¿Qué quiere? ¿Dinero?

—No. Tiene que pagar otra cosa por el rescate de su hermano.

—Está bien. Hable de una vez. ¿Qué es?

—Las cartas con las cuales está presionando a María Moon.

Hubo un momento de silencio.

—Con que era eso —murmuró el *gangster*.

—Sí —dijo Selfton plácidamente.

—Estoy seguro de que fue usted el que anoche...

—No continúe. La respuesta es sí también.

—Selfton, voy a confesar que es usted endemoniadamente listo y que me ha propinado un par de buenos golpes. ¿Por qué no hacemos un pacto...?

—Alto, Brake. No lo insinúe siquiera, porque tiro de la cuerda y su hermano y el otro cerdo que está con él, saltarán en pedazos. No insista jamás, porque yo no hago tratos con rufianes.

—Bien, bueno es saberlo, porque a partir de ahora estaremos siempre en campos opuestos.

—Usted, por poco tiempo, Brake. ¿Ha olvidado mi orden de abandonar la ciudad?

—¿Cree que voy a obedecerla?

—Eso depende de usted. Pero no continuemos más. Escuche: le doy una hora justa de tiempo. En estos momentos son las once y cuatro minutos de la noche. A las cero horas y cuatro minutos en punto tiraré de la cuerda y los dos hijos de perra que hay al otro lado de la puerta se irán al infierno.

Hubo una pausa de silencio. Al fin, Brake dijo:

—Está bien. Iré a por las cartas...

—Y me las traerá usted solo, completamente solo, o no habrá trato.

—Sí, vendré solo.

Brake había llegado ya a un estado en el que explotar de ira no le servía para nada.

Claudicaría, de momento. Después...

Tiempo quedaba para el desquite.

—Vamos, muchachos, salgamos —ordenó.

Selfton permaneció todavía unos momentos en el mismo sitio. Luego abandonó el refugio y se puso un cigarrillo en los labios.

Brake era un individuo peligroso, se dijo. Debería tenerlo en cuenta cada minuto de su existencia.

O Brake haría que fuese muy corta.

CAPÍTULO IV

SELFTON vigilaba desde la ventana. Un coche se paró frente a la casa. Lo conducía Brake, quien se apeó de inmediato.

Selfton permaneció en el mismo sitio hasta que Brake hubo abierto la puerta. En el mismo instante, se agachó y se ocultó tras un sillón de alto respaldo.

Esperó unos instantes a que Brake hubiese desaparecido por la puerta del fondo. Luego se incorporó y volvió a mirar por la ventana.

Sonrió satisfecho. Dos hombres salían en aquel momento del automóvil y corrían por el jardín, pero dirigiéndose visiblemente hacia la parte posterior de la casa.

—Era lógico —murmuró—. ¿Cómo esperar que un rufián como Brake cumpliera su palabra?

La voz de Brake sonaba atronadoramente en el sótano. Selfton no hizo caso y se dirigió hacia la cocina. Esperó unos instantes. Alguien abrió la puerta y cruzó el umbral cautelosamente.

—Vamos, tú —dijo al otro que le seguía.

Selfton permanecía en tinieblas. El segundo pandillero entró también.

Entonces, la mano de Selfton se movió y descargó un terrible golpe con el cañón de su revólver en la nuca del forajido.

El individuo se desplomó, fulminado. Al ruido, su compañero se volvió, ya con la mano en el interior de la chaqueta.

Esta vez, Selfton no lo dudó: tiró de gatillo dos veces.

Había puesto silenciador a su pistola. El pandillero pegó un salto y cayó muerto.

Brake continuaba gritando desaforadamente. Selfton corrió hacia el sótano y se asomó a la puerta.

—Estoy aquí —dijo—. Vivo, Brake.

El *gangster* se volvió y miró hacia arriba.

—Ya me figuraba que no vendría solo —dijo Selfton, sonriendo—. Sus dos esbirros están fuera de combate; uno de ellos, útil sólo para el enterrador.

La cara de Brake se puso gris.

Contempló el silenciador de la pistola que le apuntaba y comprendió.

—Las cartas —exigió Selfton.

—Las tengo aquí...

—Suba. Con las manos en alto.

—Suelte antes a mi hermano.

El brazo derecho de Selfton se puso rígido.

—¿Quiere que saque yo mismo las cartas de su cadáver? —preguntó—. ¡Suba aquí; en estos momentos no está en condiciones de dar órdenes, sino de obedecerlas!

El aspecto de Selfton era terrible. Brake cobró miedo.

Subió peldaño a peldaño. Al llegar arriba, Selfton le ordenó sacar las cartas.

—Ahora, vuélvase cara a la pared y apoye las manos en ella. Si se mueve, le mataré.

Brake obedeció. Selfton examinó rápidamente las cartas.

No había la menor duda; estaban dirigidas a María Moon. Se las guardó en el bolsillo y dijo:

—Vuélvase.

Brake giró sobre sus talones. Tenía la cara cubierta de sombras y sus ojos despedían fulgores de odio.

Selfton metió la mano izquierda en el bolsillo y sacó una llave, que lanzó a los pies de Brake.

—Ahora puede liberar de su pocilga a los dos cerdos que están encerrados —dijo—. Pero no olvide mi orden: abandone la ciudad o lo mandaré al cementerio.

—Me quedaré —le desafió Brake.

—Como quiera. En ese caso...

El sensible oído de Selfton captó un ruidito cercano. Se volvió, justo en el momento en que un individuo penetraba por la puerta opuesta del gimnasio.

Era el otro pistolero, el que sólo había recibido un golpe. Todavía estaba aturdido, pero poseía la suficiente lucidez como para empuñar una pistola.

Selfton disparó tres veces en rapidísima sucesión. El pandillero lanzó un grito ahogado, manoteó desesperadamente y cayó al suelo.

Brake estaba aterrado.

Selfton le dirigió una mirada oblicua.

—¿Se ha dado cuenta de lo que soy capaz? —preguntó.

Brake no tenía fuerzas siquiera para hablar. Lentamente, Selfton caminó hacia él y se detuvo a dos pasos de distancia.

—Odio a los rufianes como usted, a los asesinos y parásitos que explotan e intimidan a la gente decente —dijo, con ira difícilmente contenida—. Si de mí dependiera, levantaría horcas en todas partes para colgar a todos los de su ralea. Es lo único que se merecen.

Alzó la mano derecha y descargó un terrible golpe en la mejilla de Brake.

El *gangster* cayó de rodillas, chillando de dolor. Selfton le asestó un tremendo puntapié en el costado, que lo lanzó rodando por el suelo.

—No le haré más advertencias —dijo escuetamente.

Dudaba mucho de que Brake le hubiese oído, aunque tampoco le importó. Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la salida.

Selfton entregó un paquete a María y dijo:

—Las cartas. Mire a ver si están todas.

María tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo agradecerle lo que ha hecho por mí, señor Selfton? —exclamó.

—Me basta con saber que usted se siente feliz —dijo él.

María asintió. Rompió la envoltura del paquete y repasó rápidamente su contenido.

—Están todas —dijo al poco rato.

—Quémelas —aconsejó Selfton.

—Lo haré ahora mismo.

Había una chimenea como elemento decorativo de la casa, pero que podía funcionar en la época fría. María puso allí las cartas y luego encendió una cerilla.

Minutos más tarde, sólo quedaban las cenizas.

—Ahora, Brake ya no tiene ningún poder sobre usted —dijo Selfton.

María le miró con expresión conmovida.

—Siempre recordaré esto que ha hecho por mí —dijo.

Selfton sonrió.

—Yo no vine a Wabasha por usted, pero... me la encontré al paso. ¿Comprende lo que quiero decir?

—En parte solo, señor Selfton...

—Lee, por favor, Lee es mi nombre —dijo él.

—Sí, Lee, como guste. ¿A qué vino a Wabasha?

—Me llamó un amigo mío. Tenía problemas con Brake. Es manager de boxeo y ha descubierto a un buen púgil. Brake quiere la mitad de los ingresos. Sin arriesgar un solo centavo, como es natural.

—Y usted va a ayudar a su amigo.

—Ya le he ayudado, aunque todavía no he completado la tarea. Bien, señorita Moon...

—María, por favor; es mi nombre, Lee —dijo ella con suave sonrisa.

—De acuerdo, María. Adiós.

—¿No dice hasta la vista?

Selfton la contempló un instante.

Era una mujer hermosísima. ¿Por qué no podía verla otra vez... o más veces?

—Sí, hasta la vista, María.

—Hasta que quiera, Lee.

El coche subió por el camino serpenteante que ascendía entre montañas y se detuvo frente a un chalet de buena apariencia, situado en un agradable paraje. Selfton cortó el encendido y saltó fuera.

Un hombre salió a la veranda de la casa.

—¡Lee! —gritó el manager alegremente—. ¿Cómo estás, viejo zorro?

Selfton sonrió.

—He venido a ver cómo marchan las cosas —dijo.

—Estupendamente, no pueden ir mejor. Entra en la casa y te pondré algo de beber.

—Gracias, Jake.

Selfton cruzó el umbral. Oyó ruido de guantes a lo lejos y sonrió.

—El campeón se entrena, ¿eh?

—Figúrate. Tiene una pelea antes de una semana... y se

venderán todas las localidades. Ese chico puede llegar muy lejos, Lee, créeme.

—Te creo, Jake —dijo Selfton, mientras tomaba la copa que le ofrecía su amigo—. Hasta es posible que apueste unos dólares a su favor.

—Es dinero en el bolsillo —aseguró Nead plácidamente. Luego, ya con cara seria, miró a su amigo—: Bien, ¿qué me cuentas de Brake?

—Creo que te dejará en paz. Le he metido el miedo en el cuerpo.

Selfton habló durante unos minutos. Al terminar, Nead meneó la cabeza.

—¡Hum! Dudo mucho de que obedezca tus órdenes. Es un tipo muy testarudo —dijo.

—Bueno, peor para él. Desde luego, le di una buena lección. Y dos de sus pandilleros ya no molestarán más a la gente.

Nead miró de frente a su amigo.

—¿Tuviste que... que usar la pistola? —preguntó.

—Legítima defensa en ambos casos —contestó Selfton, impasible.

—Me parece que te he metido en un serio compromiso —dijo Nead—. Si Brake ve que no puede contigo, pedirá socorro a Nueva York.

—Brake y sus amigos, y todos quienes les ayuden, acabarán por abandonar la ciudad, de un modo u otro —afirmó Selfton, sin la menor sombra de arrogancia—. Está bien, Jake, procuraré asistir a la pelea.

Terminó la bebida y dejó el vaso sobre la mesa.

—Sólo vine a ver qué tal marchaba el asunto —manifestó—. Me vuelvo a Wabasha, Jake.

—Sí, Lee, como quieras. Me gustaría invitarte a comer, pero...

—Olvidalo, Jake —sonrió Selfton.

Se dirigió hacia la puerta, seguido de su amigo. En la veranda, se volvió hacia el manager:

—Jake, ¿de veras crees que Brake pedirá socorro a Nueva York? —preguntó.

—Es una posibilidad que se me ha ocurrido, pero no me extrañaría en absoluto que lo hiciera así —contestó Nead.

—Gracias, Jake; será cosa de tenerlo en cuenta.

Andy Brake estaba hablando con una rubia de formas exuberantes y risa fácil. Hallábanse los dos en un semi reservado de un local no demasiado céntrico y, por tanto, discreto.

Selfton miró a través de una de las ventanas exteriores del bar. Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios.

Brake tenía carne de perro, se dijo. En dos días se había repuesto por completo de las privaciones sufridas durante su encierro. Bien, tendría que volver a meterse de nuevo con él.

Era inútil hablar con alguno de los esbirros de su hermano. Andy, dado el parentesco, tenía que saber mucho mejor lo que le interesaba averiguar.

Esperó pacientemente. Al fin, Brake y la rubia salieron del bar y se dirigieron, estrechamente enlazados, hacia un automóvil estacionado a poca distancia.

Brake llegó junto al vehículo. Una sombra surgió de repente ante él.

—No se moleste; yo abriré —dijo Selfton.

El sombrero que llevaba puesto arrojaba manchas negras sobre su cara. Brake se quedó parado un instante.

—¿Qué diablos...?

—Estoy apuntándole con una pistola —cortó Selfton fríamente—. Tú —se dirigió a la rubia—, lárgate ahora mismo.

La golfa se puso lívida.

—Escuche, yo no tengo nada que ver...

—No, no tienes nada que ver. Olvida lo que has visto, ¿me has entendido? Te sentará muy bien cerrar el pico... y clientes no te faltarán en ese bar. ¡Largo!

La mujer se alejó a la carrera. Brake estaba aterrado.

—¿Qué... qué es lo que desea ahora? —preguntó.

Selfton emitió una helada sonrisa.

—Charlar un poco contigo, pequeño bastardo —contestó—. En todo este tiempo no hemos podido conversar a gusto y ahora podremos hacerlo. ¿Verdad que sí?

Andy Brake miró a su interlocutor.

Sintió frío. La expresión de aquel hombre le infundía un pánico inenarrable.

Resignado, entró en el coche y obedeció la orden de conducirlo. Llevaba una pistola, pero ni siquiera se le ocurrió intentar sacarla.

CAPÍTULO V

ANDY BRAKE lanzó un gemido de pánico al verse nuevamente en aquella casa en donde había pasado tres días tan amargos, al borde de la locura y la desesperación. Un impulso de rabia le hizo resistirse, pero Selfton le dio un ligero toque en la nuca con el cañón de su pistola y el aturdimiento le dejó inerte.

Cuando recobró la plena conciencia de sus actos, se halló en el gimnasio, en mangas de camisa y atado a uno de los postes del cuadrilátero usado para los entrenamientos de Tom Haden. Brake empezó a sentirse invadido por un ciego pánico.

—Esto no es como amenazar a infelices comerciantes o pegar palizas a ciudadanos indefensos, ¿verdad? —dijo Selfton sarcásticamente. Estaba situado dentro del *ring*, frente a su prisionero, cuya espalda quedaba hacia afuera—. Bien, vamos a hablar tú y yo de algo muy interesante. Por supuesto, yo haré las preguntas y tú me las contestarás, ¿entendido?

—No tengo nada que decir...

—Oh, sí, ya lo creo que dirás cosas. Todo lo que yo quiero saber, Andy. Y como eres un buen chico, colaborarás conmigo. Porque no tienes ganas de pasarte otros tres días en ayunas, ¿verdad?

—¡Demonios!

Selfton sonrió.

Tenía las manos a la espalda. Ocultaba algo que el prisionero no podía ver por el momento.

—Se trata de tu hermano —dijo—. Lógicamente, tú gozas de su intimidad.

—Yo no sé...

—Calla, Andy; todavía no he empezado a hacer preguntas. Hablábamos de la intimidad lógica entre hermanos.

—Muchas de las cosas que hace no me las dice —refunfuñó Brake.

—Pero otras sí, como es lógico. Dime, Andy, ¿ha pedido ayuda a algunos amigos suyos en Nueva York?

Brake respingó ligeramente.

Selfton captó el sentido de aquel sobresalto.

—He acertado —dijo simplemente.

—No sé nada —contestó Brake.

—Oh, ya esperaba que negases a la primera —aseguró Selfton con plácido acento. De pronto descubrió lo que tenía a la espalda—. ¿Ves esto? —preguntó.

Brake palideció.

El objeto que Selfton le mostraba era un trozo de cuerda, recia, gruesa, y de una longitud de un metro, aproximadamente.

—La he cortado de una de las maromas del *ring* —dijo Selfton—. He quitado la funda protectora que llevan, para que los púgiles no se dañen, cuando un golpe del adversario los lanza contra las cuerdas. Después la he mojado. Dicen que así hace mucho más daño. No sé, Andy, la verdad. Pero podemos probarlo, ¿no te parece?

—¡No! ¡Suélteme! —aulló Brake, lleno de terror.

Impasible, Selfton salió fuera del *ring*. Con la mano izquierda, rasgó de un fuerte tirón la camisa y la camiseta del rufián, dejándole la espalda al descubierto.

—¿Empiezo? —preguntó.

Brake se echó a llorar abyectamente.

—No me pegue... —gimió—. Pregunte y yo le contestaré...

—Así, muchacho —dijo Selfton, complacido—. ¿A quién ha pedido ayuda tu hermano?

—Se llama... Starissi... Charlie Starissi...

—¿Dónde vive?

—Nueva York...

—Eso ya lo sé. La calle, el número de su casa, el piso... —exigió Selfton.

—Treinta y tres Este, Apartamentos Robinson, planta veintidós.

—¿Nada más?

—No sé más. Creo que tiene la planta alquilada para él.

Selfton hizo un signo de asentimiento.

—Debe de ser un tipo importante, ¿no?

—Lo es —admitió Brake.

—Ya. Y seguro que accederá inmediatamente a la petición de tu hermano. ¿Cuándo ha hablado con Starissi?

—Esta tarde, creo...

—Muy bien, ya me has dicho bastante. Gracias, cerdo.

La cuerda fue a parar a un rincón. Selfton se dirigió hacia la puerta.

—¡Eh! —protestó el rufián—. ¿No me suelta? ¿Va a dejarme atado al poste?

Selfton se volvió y le miró burlonamente.

—Te soltarás tú mismo, con un poco de ejercicio de dedos —contestó.

Y se marchó, sin escuchar las atroces imprecaciones de Andy Brake.

Estaba terminando de cerrar el maletín, cuando llamaron a la puerta.

Selfton se volvió instantáneamente, con la mano ya apoyada en la culata de su pistola.

—¿Quién es? —preguntó.

—Yo. María Moon...

—¡María! —exclamó él.

Corrió hacia la puerta y la abrió. La joven se hallaba frente al umbral.

—Pero, María...

Ella sonrió.

—¿Le extraña mi presencia, Lee? —preguntó.

—Un poco. Pase, por favor.

María cruzó la puerta. Selfton cerró a continuación.

—He estado llamándole durante todo el día —dijo ella.

—¿Sí? Pero ¿cómo sabía que yo me alojaba en este hotel?

—Bueno, pregunté uno por uno, hasta que un recepcionista contestó afirmativamente —dijo María sonriendo.

—Ah, claro. ¿Y bien?

—Empezaba a sentirme preocupada por usted. Una vez supe el hotel donde se aloja, llamé muchas veces. Siempre me contestaban negativamente.

—Lo siento, María; he estado muy ocupado durante el día.

Ella se fijó en el maletín que descansaba sobre la cama.

—¿Se marcha, Lee?

—Por poco tiempo. Unos días tan solo. El viernes por la noche es la pelea.

—¿Qué pelea? Ah, sí, la del pupilo de su amigo.

—En efecto.

—No me gusta el boxeo, Lee.

Selfton humanizó su gesto.

—Tampoco a mí, pero Jake Nead es amigo mío —con testó.

—Está bien, Lee. Confío en que me llame a su regreso.

—¿Lo quiere, María?

—Me enojaría mucho si no lo hiciera.

—En ese caso, le haré saber mi vuelta. Por cierto ¿para qué me llamaba con tanta insistencia?

María se ruborizó ligeramente.

—Ahora ya es tarde —dijo—. Quería haberle invitado a cenar.

—¡Oh, lo siento de veras!

—A su vuelta, Lee.

—Por supuesto, María. Gracias, de todas formas, por el gesto.

—Es lo menos que puedo hacer. Usted me libró de un grave compromiso... Bien, a mí no, a unas personas inocentes.

—Olvédelo ya, María —sonrió él.

—Será difícil —aseguró la joven—. Bien, no quiero molestarle más.

—Espere, María. Si no le importa, bajaremos juntos.

—Como quiera.

—En realidad, ya había terminado.

Selfton cerró el maletín y recogió el sombrero. Luego señaló hacia la puerta.

—Cuando guste, María.

—Sí, Lee.

Cuando Selfton se disponía a abrir, María se volvió hacia él y le miró de frente.

—Lee, usted no simpatiza demasiado con los tipos como Brake —dijo.

—El odio —contestó Selfton escuetamente.

María clavó su mirada en el rostro de su interlocutor y lo que vio le hizo adivinar alguna tragedia íntima, tal vez remota, pero no olvidada todavía.

Hubiera querido hacerle más preguntas, pero un cierto temor a

recibir una negativa le hizo desistir de sus propósitos.

—Comprendo —murmuró solamente.

Selfton abrió la puerta y se dirigieron hacia el ascensor. Bajaron al vestíbulo y caminaron en dirección a la salida del hotel.

Cruzaron la puerta. A lo lejos, un automóvil arrancó súbitamente.

El motor hizo ruido. Selfton frunció el ceño.

Aumentó el ruido del motor. Era muy fuerte, como de coche deportivo, pero el vehículo parecía corriente.

Selfton sintió un extraño presentimiento. Agarró del brazo a la joven y tiró de ella hacia adentro.

—¡Atrás, María, atrás!

Ella retrocedió violentamente. En realidad, iba arrastrada por el poderoso brazo de Selfton.

Apenas habían cruzado la entrada, la arrolló a un lado. Instantáneamente se oyó el tableteo de una ametralladora.

Volaron los cristales en todas las direcciones y silbaron las balas. Alguien cayó herido y chilló agudamente. Recepcionistas y personal del hotel se escondieron como pudieron, mientras el ametrallador destrozaba a tiros las vidrieras de la entrada.

El automóvil se alejó rugiendo atronadoramente. El maletín de Selfton yacía por el suelo. Los dos jóvenes estaban pegados a la pared, muy juntos.

María tenía la cara tan blanca como la nieve. Miró a Selfton, cuyos ojos estaban a menos de un palmo de los suyos.

—Ha... ha sido Brake... —dijo con voz temblorosa.

Selfton asintió.

—Tendré que matarlo —anunció sombríamente.

En torno a ellos, todo era confusión. Unos empleados del hotel se afanaban por cuidar de dos personas que habían resultado heridas, no de gravedad, al parecer.

A lo lejos aullaba una sirena policíaca. Selfton suspiró.

—Nos interrogarán, María —vaticinó—. Usted no sabe nada. ¿Entendido?

—Entendido, Lee.

El aspecto del visitante era más bien corriente. Llamó a la puerta y una mirilla se descorrió silenciosamente.

—¿Quién es usted? —preguntó alguien, al otro lado.

—Me envía Brake —respondió Selfton escuetamente.

—Su nombre —preguntó el individuo.

—Elmy, Jack Elmy —mintió Selfton con todo desparpajo.

—Espere un momento.

La mirilla se cerró. Selfton se puso un cigarrillo entre los labios.

Estudió la puerta. Era de aspecto corriente, dentro del lujo que imperaba en el edificio.

Pero estaba seguro de que era blindada y podía resistir perfectamente impactos de 20 y aún 30 centímetros.

—Se ve que Starissi es un hombre prevenido —soliloquió.

La puerta se abrió de pronto.

—Entre —dijo el mismo individuo.

Selfton cruzó el umbral y se halló en un bien decorado vestíbulo, ante dos individuos, aparte del que le había abierto. Uno de ellos parecía mandar a los dos restantes.

—Soy Duckoe, secretario personal del señor Starissi —se presentó el sujeto—. Me ha encargado que me exprese a mí lo que tenga que decirle.

Selfton calló un instante. Estudiaba al individuo.

Duckoe era un sujeto hábil, astuto, y, a juzgar por la expresión de su rostro, despiadado.

—Lo siento —dijo—. Mi asunto es estrictamente confidencial y ni siquiera a su secretario puedo revelárselo, por mucha confianza que tenga con usted.

—Puedo obligarle a hablar —advirtió Duckoe heladamente.

Selfton se encogió de hombros.

—Brake no me dijo que me harían un recibimiento semejante —se quejó—. Está bien, iré a otro sitio donde pueda ser mejor acogido. Siempre habrá personas más amables que quieran meter la mano en un pastel de un millón de dólares.

Al oír aquellas palabras, Duckoe abandonó un tanto su actitud displicente.

—¿Ha dicho un millón? —inquirió.

—Cifra mínima, garantizada —aseguró Selfton, muy serio.

—Espere —dijo Duckoe—. Hablaré con el señor Starissi. Puede que acceda a recibirle.

CAPÍTULO VI

PASARON algunos minutos. Selfton fumaba apaciblemente, vigilado por los dos pandilleros de cara de palo.

Duckoe apareció de pronto.

—El señor Starissi accede a recibirle —anunció—. Pero tendrá que someterse a ciertos trámites.

—No faltaría más —accedió Selfton cortésmente.

Era fácil imaginarse de qué «trámites» se trataba.

Duckoe hizo una señal con la barbilla. Uno de los pistoleros se acercó a Selfton y le registró rápida y diestramente.

El pistolero movió la cabeza en sentido negativo. Duckoe asintió.

—Está bien, sígame, señor Elmy —dijo.

—Gracias —contestó Selfton lacónicamente.

Atravesaron el vestíbulo y cruzaron un amplísimo salón, decorado con lujo inusitado. Duckoe se detuvo ante una puerta y llamó con los nudillos.

La puerta se abrió por sí sola. Duckoe extendió la mano.

—Entre, señor Elmy.

Selfton cruzó el umbral y avanzó media docena de pasos. La puerta se cerró a sus espaldas.

Selfton y Starissi se contemplaron en silencio durante unos segundos. Starissi se hallaba detrás de una mesa de enormes dimensiones, adornada con un teléfono, un intercomunicador y un juego de escritorio de oro puro. Selfton no dejó de reparar en el singular grosor del tablero horizontal de la mesa.

Starissi era un sujeto casi cincuentón, tirando a obeso, de pelo intensamente negro y peinado con abundante brillantina. En sus manos lucía profusión de anillos.

—Siéntese, señor Elmy —invitó con voz casi infantil—. Me han dicho que viene de parte de mi buen amigo Rex Brake.

Selfton ocupó un sillón sumamente cómodo. Juntó las yemas de

sus dedos y dijo:

—Temo que sus colaboradores no me han entendido bien —dijo. Starissi arqueó las cejas.

—¿Por favor? —rogó con toda cortesía.

—He mencionado el nombre de Brake, lo cual no significa que me haya enviado él.

Selfton decía la verdad, pero también mentía; había dicho que Brake le había enviado, lo cual no era cierto. Con su última frase, puntualizaba la verdad, aunque, claro, Starissi no tenía por qué entrar en sutilezas dialécticas.

—Muy bien —dijo el *gangster*—. Como sea, explíquese, se lo ruego. ¿No ha mencionado un millón de dólares?

—Sí, pero también pude haber mencionado un ramo de flores... o un filete con patatas fritas. —Selfton sonrió—. Me imaginé que si hablaba de un ramo de flores usted no accedería a recibirme.

Starissi se puso rígido.

—¿Se trata de una broma? —preguntó.

Los ojos de Selfton fueron hacia el interfono.

—Perdón —dijo.

Se puso en pie y, antes de que Starissi pudiera impedirlo, desconectó el aparato. El *gangster* estaba atónito.

—Pero ¿qué diablos...?

—Vamos a hablar en serio, hijo de perra —dijo Selfton, endureciendo el gesto—. Vamos a hablar de las ayudas que ha enviado usted a Brake a Wabasha. ¿Lo entiende ahora?

—Con que era eso —murmuró Starissi—. Entonces, usted es el individuo que ha estado perturbando la vida de mi amigo Brake.

—¿Su amigo? ¿No será mejor decir su vasallo?

—¿Importa eso mucho ahora?

—No, por supuesto que no. Starissi, quiero los nombres de esos individuos. A los otros, más o menos, los conozco... o puedo averiguar quiénes son; pero con respecto a los que usted ha enviado a Wabasha, la cosa es ya un poco más difícil. ¿Lo comprende ahora?

—Sí, desde luego. ¿Me permite fumar?

—No faltaría más.

Había una caja de cigarros sobre la mesa. Selfton, desconfiado, la abrió él mismo.

—Muy amable —dijo Starissi, sin descomponer el gesto.

Y alargó la mano, cogió un puro y se lo llevó a la boca. Sus ojos emitieron de repente un destello singular.

Un oscuro instinto hizo que Selfton se lanzase a un lado, justo en el momento en que se oía un débil chasquido. Algo salió del cigarro con terrible fuerza y pasó a unos milímetros de su mejilla derecha.

—Conque una cerbatana, ¿eh? —murmuró.

Y de súbito, alzó la mano derecha y golpeó el cigarro con todas sus fuerzas.

Starissi lanzó un rugido inhumano cuando el falso cigarro le golpeó el paladar. Cayó hacia atrás en el sillón y Selfton le golpeó un par de veces más en la cara, con una absoluta falta de piedad.

Habría muerto envenenado, estaba seguro de ello. Aquel falso habano lanzaba proyectiles impregnados de tóxico. Un truco estupendo... según para quién, claro, pensó.

Alargó la mano y arrancó el cigarro de la boca de Starissi, de cuyos labios se desprendían algunas gotitas de sangre. El *gangster* lloraba de rabia y de dolor al mismo tiempo.

—Los nombres —exigió Selfton.

Starissi movió la cabeza.

—De modo que no quieres hablar —murmuró Selfton.

Se inclinó un poco y se remangó la pernera derecha del pantalón. Allí, sujeto por una funda especial, llevaba su estilete, cuya punta se apoyó de inmediato en la yugular del *gangster*.

—Estoy dispuesto a degollarte, si persistes en guardar silencio —dijo, sin alzar demasiado la voz—. Y no bromeo, ¿entiendes?

Los ojos de Starissi expresaron el pánico que sentía. Selfton acentuó la presión del estilete y unas gotitas de sangre brotaron de la piel del cuello.

—¡Espere! —chilló el *gangster*.

—Los nombres de esos tipos —insistió Selfton.

Starissi pronunció dos.

—¿Ninguno más? —preguntó Selfton.

—No. Brake dijo que eran suficientes...

—Está bien. Gracias por sus informes.

Selfton se separó de la mesa y se dirigió hacia la salida. De repente, oyó ruido a sus espaldas.

Se volvió. Starissi metía la mano en un cajón.

Selfton adivinó las intenciones del *gangster*. Starissi, incluso,

llegó a sacar la pistola.

Pero la mano de Selfton fue infinitamente más rápida. El estilete partió hacia adelante, proyectado a la velocidad del relámpago, y se hundió hasta el mango en el pecho del forajido.

Un rugido inhumano se escapó de labios de Starissi. Vaciló un momento y se dobló hacia adelante, apoyándose en la mesa.

Selfton frunció el ceño. La salida no iba a ser tan fácil como la entrada.

Avanzó hacia la mesa, para recoger la pistola. De repente, oyó que se abría la puerta.

En una fracción de segundo, comprendió lo que sucedía. Al vencerse sobre la mesa, Starissi, involuntariamente, había presionado el mando de apertura de la puerta.

Saltó hacia la pistola. Duckoe entraba en aquel momento, seguido de sus dos acólitos.

—¡Jefe! —chilló el secretario.

Y tiró de pistola.

Los pandilleros le imitaron en el acto. Selfton se revolvió velozmente y abrió el fuego.

Disparó seis veces, por etapas de una rapidez increíble. Sus tres primeros disparos alcanzaron sucesivamente a los bandidos. Volvió a disparar y Duckoe y los otros dos se desplomaron, sin haber tenido tiempo de otra cosa que de sacar sus armas.

Selfton se incorporó y respiró profundamente. Por unos momentos, la situación se había mostrado sumamente crítica.

Sólo su decisión y su rapidez de reflejos le habían salvado la vida.

Reflexionó unos momentos.

La muerte de Starissi y sus acólitos haría ruido, indudablemente.

No creía que le relacionaran con el hecho, aunque tampoco le importaba demasiado. De repente, se le ocurrió una idea.

Paseó la vista por el despacho. Una organización como la de Starissi no funcionaba sin documentación.

Naturalmente, esta documentación debía de hallarse muy bien guardada.

¿Dónde?, se preguntó.

Allí no había ficheros ni archivadores como los usa dos corrientemente en las empresas comerciales. Era un despacho para

tratar asuntos verbalmente, en su inmensa mayoría.

Pero los «negocios» de Starissi no podían conservarse en la memoria. Era forzoso que anotase sus «operaciones» en algún o algunos libros.

De pronto, se fijó en un cuadro de estilo pretendidamente cubista. Era la clase de pintura que encajaba con la decoración.

Hizo girar el cuadro. Empotrada en la pared divisó una caja de caudales.

Selfton no era un tipo que todo lo sabía. Abrir aquella caja a base solamente de los dedos y los oídos, escuchando los «*cricks*» de los engranajes, era algo que estaba fuera de su alcance.

Pero las llaves debían de hallarse en algún sitio.

Las ropas del difunto propietario de la caja.

Registró el cadáver de Starissi y le encontró un manojó de llaves.

—Será cuestión de probar —murmuró.

La caja, pensó, debía de estar cerrada simplemente con llave, dado que su dueño estaba presente en el despacho. Luego, por la noche, o al abandonar el piso, entonces haría funcionar las ruedecillas que aseguraban la puerta.

Acertó.

Después de varias pruebas, encontró la llave adecuada. Abrió y contempló satisfecho los tres libros de recias tapas que había en uno de los departamentos de la caja fuerte.

Había también mucho dinero, pero Selfton no había ido allí a robar.

Sacó los libros y los dejó sobre la mesa. Empezó a hojearlos un tanto distraídamente.

De repente, cuando ya había pasado una docena de páginas, encontró una anotación que atrajo su interés de inmediato:

Asuntos Wabasha.

De modo, se dijo, que Starissi también se hallaba relacionado con las expoliaciones que los hampones llevaban a cabo en Wabasha.

Siguió leyendo. Algunas anotaciones eran realmente interesantes. Probaban una hipótesis que había lanzado durante su diálogo con Starissi.

Brake era una especie de «vasallo» de Starissi. Allí se decía claramente.

Pero no era, en realidad, el hombre fuerte de Wabasha. Había alguien por encima de Brake.

Una persona que no daba la cara, en suma. Brake hacía todas las faenas sucias y desempeñaba, y muy bien por cierto, el papel de jefe de todos los hampones.

Sin embargo, había alguien por encima de él y, seguramente, Brake había pedido ayuda a Starissi, con la anuencia de ese desconocido.

Allí, en una de las anotaciones, lo decía con toda claridad, salvo en un punto:

«Hablar con X. Debe atar corto a Brake».

El punto oscuro era la identidad del sujeto que mandaba sobre Brake. Y el sentido de la frase era diáfano.

X debía sujetar a Brake, quien, al parecer, se tomaba demasiadas iniciativas. Aquel libro, se dijo Selfton, no sólo era un libro de cuentas, sino, en cierto modo, también una agenda.

Siguió leyendo. Los asuntos de Wabasha se acabaron dos páginas más adelante.

Reflexionó unos momentos. La policía de Nueva York debía recibir los libros... salvo las páginas referentes a Wabasha.

Se las quedaría él, porque estimaba que Wabasha era un asunto exclusivamente suyo.

CAPÍTULO VII

MARÍA oyó que llamaban a la puerta. Salió a abrir y se vio frente a un monumental ramo de flores que ocultaba la cara de su portador.

Pero la joven presintió en el acto la identidad del hombre.

—¡Lee! —exclamó.

Selfton sonrió detrás de las flores.

—Haga el favor de coger el ramo —pidió.

—Oh, claro que sí. ¡Qué hermosas son!

María cogió el ramo. Selfton respiró aliviado.

—¡Uf! Creí que no iba a poder con la carga —dijo, enseñando una monumental caja de bombones.

—Pero, Lee... usted quiere arruinar mi línea —dijo María jovialmente.

—Bueno, verá... María, yo no entiendo mucho de estas cosas, pero sé que a las mujeres se les regalan flores y bombones. ¿He hecho mal?

María le dirigió una mirada llena de simpatía.

—Ha sido un obsequio maravilloso —contestó—. Pero lo mejor de todo es su visita.

—¿Lo dice de veras, María?

—Sí, Lee. Por favor, venga... Siéntese mientras pongo las flores en un jarrón.

Selfton cruzó el umbral y cerró la puerta. Dejó la caja de bombones sobre una mesita y se quitó el sombrero.

Contempló a María mientras colocaba las flores en un gran jarrón. La joven vestía una chaqueta un poco corta, de dibujos japoneses, y unos atrevidos pantalones negros.

—No le esperaba, Lee —dijo—. ¿Cómo tan pronto por Wabasha?

—Mañana es viernes, María —le recordó él.

—¡Oh, es verdad! El combate de boxeo. Lo había olvidado.

—Sí, quiero estar presente cuando se celebre.

—Entonces, ¿asistirá?

—No me queda otro remedio. Lo hago por mi amigo.

—Comprendo. —María había terminado su tarea—. Me, voy a prepararle algo de beber.

—Gracias, María. Tengo que decirle una cosa.

—¿Sí, Lee?

—Se trata del combate de boxeo. Me gustaría invitarla, pero sé que es algo que no le agrada. Yo tampoco iría, de no considerarlo como una obligación.

María se le acercó con dos copas en las manos.

—¿Teme que ocurra algo en el transcurso de la velada? —preguntó.

—Me gustará estar presente —contestó él en actitud evasiva.

—Entiendo, Lee.

María se sentó en un diván y ocultó las piernas bajo el cuerpo.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Lee?

—Por supuesto —accedió él.

—Serían más... pero, por el momento, me conformo con una.

—Está bien, hágala, María.

—¿Por qué odia tanto a Brake?

—No es un odio particular hacia Brake, sino general, hacia todos los de su ralea. Yo no había oído hablar siquiera de Brake hasta que me lo citó mi amigo Nead.

—Entiendo. Y... ¿cuál es la causa de ese odio?

—Mi hermano Alden. Apareció un día a treinta metros de profundidad, en un lago, con los pies metidos en un bloque de cemento.

Un estremecimiento de horror sacudió el cuerpo de María.

—¿Es cierto eso, Lee?

Selfton apuró su copa de un trago.

—Sí. Alden era honrado, como yo. Se negó a las pretensiones de unos tipos de la calaña de Brake. Acabó con el fondo del lago.

—Dios mío —murmuró María—. ¿Qué hizo usted entonces?

Selfton la miró fijamente.

—El hombre que dio la orden y quienes la cumplieron habrían ganado mucho más dejando en paz a mi hermano.

Los ojos de María estaban desmesuradamente abiertos.

—Usted los...

—La ley tiene muchas salidas. Era inútil siquiera pensar en un castigo legal.

—Comprendo, Lee. Y vino aquí porque su amigo se encontraba en un apuro parecido.

—Sí. Oiga, María, yo no puedo soportar a los tipos del estilo de Brake y compañía. Se me revuelven las tripas solamente de pensar que andan sueltos por ahí, ufanándose de sus hazañas y disfrutando de placeres que les proporciona el dinero que arrebatan a las gentes honradas. Yo puedo disculpar a un ladrón corriente, a un carterista, a una persona que mata a otra en un acceso de violencia. Lo que no puedo es disculpar a quienes hacen todo eso a sangre fría y, además, se enorgullecen de ello. ¡Los odio, María, créame!

La joven le miraba fijamente.

—Lee, comprendo que su amigo necesite ayuda y usted quiera proporcionársela, pero...

—Pero ¿qué, María?

Ella se incorporó. Dejó el vaso a un lado y caminó hacia él lentamente.

Selfton estaba sentado. María puso ambas manos sobre sus hombros.

—No deje que el odio invada su vida por completo. Lee, no lo permita o usted acabará consumiéndose por ese odio en una catástrofe irremediable.

Selfton permaneció en silencio.

Ella estaba a su lado, envuelta en un aura de sutil y agradable perfume, hermosa, deseable, llena de simpatía hacia él.

Estaba seguro de que le hubiese bastado un pequeño gesto para conseguir su rendición. Pero no quería dejarse involucrar en un asunto sentimental.

—Lo tendré en cuenta, María —aseguró.

—Hágalo así, Lee; se sentirá mucho mejor.

Selfton se puso en pie. María era de elevada estatura. Aun sin tacones, sus ojos quedaban Casi a la altura de los suyos.

—¿Podré volver a verla? —preguntó.

—Siempre que quiera, Lee.

Selfton esbozó una sonrisa.

—La llamaré mañana, María —dijo.

—Sí, Lee.

María ocultó su decepción tras una brillante sonrisa.

Deseaba ser estrujada por los fuertes brazos del hombre, sentir en sus labios las ardientes caricias de los de Selfton. No pensaba protestar si él hubiera iniciado el menor avance... pero Selfton, aun dándose cuenta de su accesibilidad, porque lo había visto, estaba segura de ello, se había contenido.

¿Por qué?, se preguntó.

No era casado; lo había visto en sus manos, limpias de anillos.

¿Tenía novia?

Quería habérselo preguntado, así como otras cosas, pero no se atrevió. Selfton no parecía muy comunicativo.

¡Ignoraba tantas cosas de él!, pensó, suspirando profundamente al quedarse sola.

Andy Brake llevaba el periódico en la mano e irrumpió violentamente en el despacho de su hermano.

—¡Rex! ¿Te has enterado de la noticia? Starissi ha sido asesinado a balazos, así como tres de sus hombres...

Andy se calló de pronto al ver la lúgubre expresión que aparecía en la cara de su hermano.

—Sí, lo sabes —dijo—. Ha sido ese maldito Selfton...

—¡Calla! —rugió Rex Brake—. ¡Calla de una vez, idiota!

—Pero...

—Éste es un problema que podía haber sido solucionado desde el primer día, cuando tú y el imbécil de Mallini os dejasteis encerrar en la casa de Nead. ¡Sal, estúpido, y déjanos solos de una vez!

Andy abrió la boca, estupefacto. Sólo entonces se dio cuenta de que su hermano tenía compañía.

Volvió la cabeza. Había dos hombres sentados en un diván, serios, inexpresivos, estólicos.

Andy Brake estaba acostumbrado a infundir miedo a la gente, pero la vista de aquellos dos sujetos puso hielo en su espalda.

—Son Eddie Katz y Harry Gwynd —dijo Rex Brake—. Y ahora, lárgate, Andy.

—Sí, claro, como tú digas, Rex. Adiós, amigos.

Katz y Gwynd permanecieron silenciosos. Una vez hubo salido Andy, el primero dijo:

—¿Su hermano, Brake?

—Sí, Eddie.

—Un botarate —calificó Gwynd tranquilamente.

—Trabaja bien y lo hará mejor con el tiempo —aseguró Brake, a quien la vista de aquellos dos pistoleros no tranquilizaba, precisamente, pese a que los tenía a su servicio.

—Está bien, dejémoslo —murmuró Katz.

—Starissi ha muerto —dijo Gwynd.

—Pero las cosas deben seguir lo mismo, muchachos —manifestó Brake—. Starissi les envió para que me ayudasen.

—Sí, desde luego. ¿Qué es lo primero que debemos hacer? —preguntó Gwynd.

El teléfono sonó en aquel momento.

—Perdonen, muchachos —se disculpó Brake.

Levantó el aparato y pronunció su nombre.

—Hola, Rex —dijo una voz que él conocía muy bien—. ¿Ha leído usted los periódicos?

—Sí... sí, señor. Ha sido Selfton, en mi opinión.

—Selfton —repitió el anónimo comunicante del *gangster*—. Un tipo incómodo.

—En efecto, pero pronto cesarán sus molestias.

—¿Seguro, Brake?

—Sí, señor. Tengo aquí a dos buenos amigos, que se van a encargar de... de desbrozar el camino. Son...

—No pronuncie nombres, Brake —dijo el otro severamente—. Me basta con saber, que están aquí.

—Sí... sí, señor.

—Está bien, otra cosa, Brake.

—Usted dirá...

—Se trata del combate de mañana. Ya tiene mis instrucciones, creo.

—En efecto, señor. Me las sé de memoria...

—No quiero fallos, Brake.

—No los habrá, se lo aseguro, señor.

—Entonces, todo irá bien para ambos, mejor, incluso, para usted, que para mí.

—Gracias, señor. ¿Algo más?

—No. Cuidado con Selfton, eso es todo.

Brake soltó una risita.

—Selfton dejará de constituir una preocupación muy pronto, se lo aseguro, señor —dijo fanfarronamente.

Y colgó, enfrentándose a continuación con los dos pistoleros.

—Muy bien, muchachos —dijo—. Estábamos hablando de...

El teléfono sonó de nuevo. Brake hizo una mueca de disgusto.

—Otra vez tendrán que dispensarme —gruñó. Levantó el aparato y dijo de mal talante—: ¡Brake!

—Hola, bastardo.

El forajido se irguió en su asiento.

Aquella voz...

—Sí, soy Selfton. Ya he vuelto de Nueva York. ¿No se siente contento por haberle librado de un tipo como Starissi? ¿Era su amo, no?

—Escuche —rugió Brake—, yo no tengo amo...

—Vamos, vamos, si hasta meneas la cola y todo cuando le llaman —dijo Selfton burlonamente—. Está bien, no quiero discutir ese punto. Brake, le di una orden. Todavía no la ha cumplido.

—¡No! —aulló el forajido—. ¡No la he cumplido ni pienso cumplirla! Y en lugar de dar órdenes semejantes, debería ser usted quien abandonase la ciudad. ¿Está claro?

—Sólo hay un punto claro, y es que estoy hablando prácticamente con un difunto —dijo Selfton en tono deliberadamente lúgubre—. Bien, eso era todo lo que tenía que decirle... Ah, olvidaba una cosa. ¿Quién es x?

Brake se puso rígido.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

Selfton soltó una risita.

—Starissi no era tan prudente como parecía —dijo—. Escribía cosas... y los escritos no se los lleva el viento precisamente. ¿No quiere decirme quién es x, Brake?

—¡Váyase al infierno! —bramó el *gangster*.

—Ahí es donde estará usted dentro de muy poco.

Sonó un «click». Brake colgó el aparato.

Se miró las manos. Le temblaban.

—¿Era Selfton? —preguntó Gwynd.

—Sí.

—Bien; entonces, hablemos de él —invitó Katz.

CAPÍTULO VIII

EL estruendo de la rugiente multitud llegaba muy atenuado hasta el camerino donde Tom Haden se equipaba, ayudado por su manager y dos individuos más. Nead aparecía muy preocupado, mientras vendaba las manos del púgil.

La puerta se abrió de pronto.

—¡No molesten...! —empezó a decir Nead coléricamente, pero se interrumpió al reconocer al recién llegado—. ¡Lee! ¡Por fin!

—Hola, Jake —dijo Selfton tranquilamente—. ¿Qué tal, muchachos? —saludó al púgil y a los otros dos ayudantes.

Nead agarró el brazo de su amigo y se lo llevó, a un rincón.

—Sigan con el campeón —ordenó—. Ahora mismo vuelvo con ustedes.

Selfton esperó a que su amigo le dirigiese la palabra, sin decir nada por su parte.

—Bueno, la bomba está a punto de estallar —dijo el manager—. Para mí, sin embargo, ha estallado ya. Nunca lo creí tan pronto.

—¿Qué pasa, Jake?

—He recibido orden de perder la pelea.

Selfton miró de hito en hito a su amigo.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó.

—Brake, por teléfono. Esta mañana. Me he vuelto loco buscándote y...

Selfton hizo un gesto con la mano.

—No sigas, Jake —cortó—. ¿Qué piensas tú?

—Si no obedezco, ocurrirá algo grave, aunque no sé qué pueda ser —contestó Nead.

—¿Lo sabe el campeón?

—Todavía no, Lee.

—¿Qué diría si se lo ordenases?

—No lo sé, Lee. Yo no le he entrenado jamás para jugar sucio,

sino para dar todo lo que lleva dentro de sí, hasta el límite; claro que con la necesaria dosis de prudencia, como es lógico.

—Comprendo. ¿Se rebelaría?

—Tengo la sensación de que perdería la fe en mí. Es un chico de pocas luces, pero, por eso mismo, llano y sencillo, de buena fe. No estoy seguro de que aceptase. Lee.

Los ojos del manager fulguraron.

—¡Y yo no quiero tampoco! —dijo con rabia.

Selfton hizo un gesto de asentimiento.

Nead prosiguió:

—Escuche, Lee, yo no me he prestado jamás a semejantes componendas, ni siquiera sabiendo que iba a ganar mucha «pasta». Pero no dejo de comprender a los demás, aunque no piense como ellos. Si mi campeón tuviese treinta o treinta y dos años y ya hubiese conseguido todo en boxeo, si viese entonces que se iniciaba el declive, imperceptiblemente, pero advertido por los expertos; si se vislumbrase que ya no podría volver jamás al punto más alto... entonces, tal vez y pensando de la forma en que piensan otros, aceptaría la componenda. Pero ahora... si ese chico acaba de cumplir los veinte años; está como un toro y es capaz de derribar a cuánto de dos patas le pongan por delante. Y su ilusión... No, Lee, no quiero someterme, a ese bastardo de Brake. Por eso te he llamado a ti —concluyó el manager.

Selfton asintió.

Comprendía a su amigo.

Aparte de la indiscutible honradez de Nead, estaba el hecho citado en último lugar. A él no le gustaba el boxeo, pero se daba cuenta de que no se podía destruir la carrera de un muchacho sólo por la conveniencia de unos *gangsters* desalmados y sin escrúpulos.

—¿Están muy altas las apuestas?

—Once a uno, Lee.

Selfton hizo un ligero cálculo.

—De modo que se dan once a uno a favor del campeón —dijo.

—Sí, Lee.

—Eso significa que si perdiese... el que hubiese apastado mil dólares a favor del otro, ganaría once mil.

—Ni un centavo menos, Lee.

—Y si apostase cincuenta mil, por ejemplo...

—Quinientos cincuenta mil, sería el beneficio.

Selfton sonrió ligeramente.

Puso la mano en el hombro de su amigo.

—Está bien —dijo—. Tú ocúpate del campeón. Del resto me encargaré yo.

—Gracias, Lee —murmuró Nead, conmovidamente—. Sabía que no abandonarías a un amigo en apuros.

—Desde luego. Jake, ¿sabes si intentará Brake hacer algo dentro del local?

—No lo sé; no me extrañaría en absoluto, Lee.

Selfton se pellizcó el labio inferior.

—Bien, no te preocupes. Tú dile al campeón que ponga toda la carne en el asador. El resto es cosa mía.

—Sí, Lee.

Selfton se dirigió hacia la puerta.

Desde allí, se volvió y sonrió a su amigo.

—Suerte, Jake —le deseó.

—Suerte, Lee —contestó el manager.

Selfton abrió la puerta. Se oyeron voces. Periodistas y fotógrafos avanzaban bulliciosamente hacia el camerino del campeón.

Sonó el gong y los dos púgiles salieron al centro del cuadrilátero.

Ciertamente, Haden no era campeón todavía, aunque tenía la madera necesaria para ello. La palabra campeón era, simplemente, una forma de llamarlo.

Selfton observó al adversario de Haden.

Un tipo fuerte, recio, maduro, conociendo al dedillo todos los trucos habidos y por haber. Resistía más por sabiduría que por fortaleza, aun no careciendo de ésta.

Pero hasta el observador más avezado se habría dado cuenta de que la pelea sólo podía tener un ganador.

Haden iba acumulando puntos continua e incesantemente.

De haber tenido otro contrincante, la pelea habría acabado ya por la vía rápida. Pero el adversario de Haden era duro y coriáceo y se mantenía en pie.

Era preciso reconocer que, con trucos o sin trucos, peleaba muy bien. De pronto, «cazó» al campeón con un derechazo corto a la mandíbula y lo tiró a la lona.

La multitud rugió de entusiasmo. Haden, no obstante, se levantó

como si hubiese tenido muelles en el cuerpo.

El campeón se lanzó a una terrible ofensiva, que hubiese finalizado allí mismo la pelea, de no haber sido por el gong salvador, cuando ya el otro boxeador empezaba a flotar por el cuadrilátero. Selfton se dio cuenta de que, como máximo, ya no duraría sino otro par de asaltos.

¿Cuáles serían las represalias de Brake, en tal caso?

Se puso un cigarrillo entre los labios, mientras la multitud rugía a su alrededor. Paseó la vista por todas partes, buscando algún elemento sospechoso.

De pronto, cerca del techo, divisó un pasillo en voladizo, que corría a todo lo largo de los muros. Era una pasarela de servicios, a la que se accedía por una puerta cuyo dintel estaba situado a ras del borde del techo.

La puerta estaba a oscuras y el fondo se veía negro, pero Selfton creyó ver una sombra que se movía en aquel lugar.

Frunció el ceño. La pasarela de servicio era el lugar ideal para un atentado.

Posiblemente, Brake intentaría desquitarse allí mismo, instantáneamente, para demostrar que no se le podía desobedecer impunemente.

Selfton abandonó su sitio y salió a los pasillos.

Empezó a recorrerlos, hasta que encontró una puertecita de metal, con un rótulo indicador del objeto a que estaba destinada.

La abrió. Una escalera metálica, en zigzag, se perdía hacia las alturas.

Entró en el pasillo y cerró a sus espaldas. Luego inició la ascensión, peldaño a peldaño, procurando no hacer el menor ruido.

El rugido de la muchedumbre enfebrecida llegaba muy atenuado hasta allí. Selfton continuó la ascensión, hasta que sintió en la cara un chorro de aire fresco.

Elevó la vista. Sobre él, había una plataforma de rejilla de hierro que daba a dos puertas: una permitía la salida a la pasarela de servicios.

La otra accedía al tejado, sin duda para permitir reparaciones e inspecciones. Estaba abierta de par en par.

¿Era la vía de escape del asesino?

Estaba con medio cuerpo fuera de la plataforma, contemplando

ávidamente el combate. Pero tenía en las manos un potente rifle, dotado de mirilla telescópica y silenciador.

Selfton subió al otro rellano, con la pistola ya en las manos. El alarido de la multitud se hizo de repente ensordecedor.

Comprendió que se avecinaba la victoria de Haden. De pronto, vio que el forajido se echaba el rifle a la cara.

El combate no había terminado aún, pero estaba a punto de acabar y dentro de unos segundos habría un ganador.

Sería el último combate que ganase, debía de pensar Brake en aquellos momentos, calculó Selfton.

Su pistola se apoyó en la espalda del forajido.

—Si aprieta el gatillo, yo también lo haré —dijo.

El forajido se estremeció.

—Deje el rifle en el suelo con muchísimo cuidado y empiece a dar la vuelta —ordenó Selfton.

Hubo una brevísima pausa. El *gangster* vaciló.

—Mi pistola también tiene silenciador —advirtió Selfton sin alzar la voz.

Aquello fue suficiente.

—Sin duda pensabas que no dispararía temiendo hacer ruido, ¿verdad? —comentó Selfton irónicamente—. Levántate y da la vuelta.

El pandillero obedeció.

Selfton arqueó las cejas.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Pero si es mi buen amigo Mallini! ¿Qué, ya has barrido las telarañas de tu estómago?

La cara de Mallini estaba roja de ira. Abrió y cerró los puños convulsivamente, tragando aire en fuertes inspiraciones.

Un tremendo alarido se oyó de repente. Selfton sonrió.

—El campeón acaba de ganar —dijo.

Mallini apretó los labios. De repente, ciego de rabia, movió la mano izquierda y desvió la pistola de Selfton, a la vez que disparaba el puño derecho.

Selfton fue sorprendido ligeramente descuidado. El puño de Mallini le hizo retroceder hasta que sus monos chocaron con la barandilla del rellano.

Mallini se le arrojó encima. Selfton le pateó el estómago, haciéndole retroceder. El golpe de su adversario le había desarmado

y no podía entretenerse a recoger el arma, que yacía sobre el entramado metálico.

Inmediatamente, se lanzó a la carga y golpeó la cara de Mallini. Pero el forajido era duro y resistente y aguantó bien el castigo.

Selfton recibió otro par de golpes. Conectó uno especialmente duro y Mallini salió fuera, a la pequeña plataforma que había sobre el tejado.

Selfton saltó de nuevo sobre él. Mallini pensaba haber usado el rifle, pero también tenía una pistola.

La sacó. Selfton agarró su muñeca con ambas manos.

Los dos hombres forcejearon en la plataforma encementada, de la que arrancaba otro pasillo sin baranda protectora, que corría a media altura de uno de los lados inclinados del tejado.

En aquel punto, el tejado daba a un callejón posterior, el de la entrada de personal: boxeadores, ayudantes, periodistas y empleados del local. Las entradas principales quedaban al otro lado.

Los dos hombres forcejearon. Mallini elevó la rodilla derecha y propinó un terrible golpe en la ingle de su adversario.

Selfton se inclinó un poco y así atenuó considerablemente los efectos del golpe. Mallini insistió.

Esta vez, Selfton movió su pie derecho y golpeó la pierna izquierda de su adversario, cuando éste tenía aún la otra levantada.

Cogido a contrapié, Mallini empezó a caer. Selfton le pegó un terrible empujón.

El pistolero saltó de la plataforma. Rodó por el tejado.

Un horrible chillido de angustia se escapó de sus labios. Dio varias vueltas y acabó por saltar fuera del, tejado.

El suelo estaba a más de veinte metros. Selfton oyó un ruido terrible, estremecedor: el de un cráneo al estrellarse contra el duro pavimento de la calle.

Rápidamente, recogió el rifle de Mallini y lo dejó resbalar también por el tejado. La policía pensaría que se había caído al intentar huir por aquel lugar.

A pesar de todo, Selfton no se sentía demasiado satisfecho de su victoria.

Brake continuaba en la ciudad.

Y... ¿quién era el señor x?

CAPÍTULO IX

JAKE NEAD tenía delante de sí un montón de periódicos y revistas deportivas.

Sus ojos brillaban de satisfacción.

—¿Has leído los comentarios, Lee? —preguntó.

—No —contestó Selfton, repantigado en un sillón—. Yo sólo leo la página de sucesos.

Nead usaba gafas para leer y miró a su amigo por encima de los cristales.

—¿Qué dice de Mallini? —preguntó.

—Me gustaría mucho más saber lo que dice Brake.

—Estará ardiendo, Lee.

—Lo mismo opino yo, Jake.

Selfton dobló el periódico.

—Jake, ¿quieres un buen consejo? —preguntó.

—Adelante, Lee.

—Bien, en tal caso, acéptalo: coge a tu campeón y desaparece unos días de Wabasha.

—¿Lo crees necesario?

—Sí, Jake.

Nead se mordió los labios.

—Estoy esperando la visita de un importante promotor de Chicago —adujo.

—Como quieras. —Selfton se encogió de hombros—. Pero ya sabes cómo está aquí el ambiente.

—Sí, Lee.

—Ahora, el importante eres tú... bueno, tu pupilo. Ese caballero de Chicago puede esperar una semana. Díselo así o encarga que se lo digan, Jake.

—¿Una semana, Lee?

—No creo que necesite más tiempo —contestó Selfton.

—Y... ¿adónde me voy?

—Oficialmente, a Florida. De modo más particular, entre amigos, vuelve al otro escondite. Y una cosa, Jake.

—Dime, Lee.

—Habla claro con el campeón y cuéntale cómo está el asunto. De este modo te ganarás su confianza y no tendrás que buscar excusas tontas que no tienes necesidad de emplear. Será un tipo simple, pero no es un chiquillo.

—Comprendo, Lee.

Selfton tiró el periódico a un lado.

—Me voy, Jake —anunció.

—Bien, Lee.

Selfton se dirigió hacia la puerta.

—Lee —llamó el manager.

—Sí, Jake.

—¿De veras crees que... que Mallini iba a tirar contra... contra el campeón?

—Estaba tomando puntería, cinco segundos antes del último rechazo de tu pupilo.

—Comprendo, Lee. Gracias por todo.

—Adiós, Jake. No olvides mi consejo: vete unos días fuera de la ciudad.

—Lo haré, te lo prometo, Lee.

Selfton salió a la calle.

Desde la puerta, escrutó la acera y sus alrededores.

No se veía nada sospechoso. Su coche estaba a poca distancia.

Examinó las puertas. Había colocado unos precintos de papel adhesivo, muy delgados y transparentes. Los precintos estaban intactos.

También estaban intactos los de la tapa del motor. Por tanto, no le habían colocado una carga explosiva.

Momentos después, se dirigía a casa de María. Tenía ganas de charlar un rato con la joven.

Llamó a la puerta y esperó.

Frunció el ceño al observar que la joven se retrasaba demasiado. ¿Le habría ocurrido algo?, se preguntó alarmado.

Era capaz de derribar la puerta, pero no resultó necesario.

María abrió. Estaba muy pálida y parecía sumamente agitada.

—Hola, Lee —saludó.

—¡María! —exclamó él—. ¿Le ocurre algo?

De pronto, Selfton se dio cuenta de que María no estaba sola.

Había un hombre en la sala. Selfton lo examinó con curiosidad.

Era un sujeto alto, elegante, de aspecto distinguido, vestido con ropas caras. Aparentaba unos treinta y cinco años y no parecía hallarse de buen humor.

—Estorbo, supongo —dijo Selfton.

—No, por favor —exclamó María—. El señor Bilthare ya se iba. ¿Verdad, Henry?

El individuo apretó los labios.

—Si tú lo dices, María...

—Sí, Henry.

Selfton no dejó de observar la tirantez existente entre María y el individuo. ¿Qué sucedía allí?

—Oh, perdón —dijo ella de pronto—. Había olvidado presentarles... Lee Selfton... Henry Bilthare, un buen amigo mío...

Los dos hombres se saludaron fríamente, con sendas inclinaciones de cabeza.

—Tanto gusto —musitó Selfton.

El otro dijo algo ininteligible. Luego se dirigió a la joven:

—¿Entonces, María...?

Ella sacudió la cabeza.

—No, Henry —denegó—. Hemos acabado. Definitivamente, y tú conoces bien los motivos. Pero no temas por mí; tus cartas han desaparecido. Yo misma las quemé; te doy mi palabra.

Bilthare parecía muy contrariado.

—Bien, en ese caso, no te digo nada más. Adiós, María.

—Para siempre, Henry.

Bilthare pasó por delante del recién llegado.

—Adiós, señor Selfton.

—Buenas noches, señor Bilthare.

La puerta se cerró. Selfton y María quedaron frente a frente.

Ella tenía las manos juntas sobre el regazo y la vista baja.

—Era él —murmuró, roja de vergüenza.

Selfton se acercó al mueble bar.

—¿Puedo beber? —preguntó.

—Por supuesto, Lee.

Selfton llenó dos copas y ofreció una a la joven. Ella bebió casi con ansia.

—Yo creí que este asunto había acabado —dijo Selfton, después del primer trago.

—Él pensaba todo lo contrario —respondió María.

—Y usted le ha desengañado.

—Sí. Ya lo ha oído, ¿no es cierto?

Selfton hizo un gesto de asentimiento.

—Un tipo poco simpático —comentó.

—A mí me engañó —declaró María—. Odio la doblez. Lee; y le aseguro que, de no haber pensado en su familia, no me habría importado que se publicasen las cartas.

—Pero usted pensó en una gente inocente.

—Sí. Henry... quiero decir, Bilthare, no se merece la esposa que tiene. Luego me he enterado de que yo no soy la única.

—Un tipo con vocación de sultán —sonrió él—. Olvídelo, María.

Ella suspiró:

—Trataré de hacerlo —dijo—. Ha sido un episodio poco agradable de mi vida, pese a lo hermoso del principio.

—Entonces debía de creer que él la amaba de veras y que era un hombre libre.

—Sí, ocurrió de este modo. —María miró a su visitante y forzó una sonrisa—. Pensará que soy una tonta.

—Lo pensaría si fuese usted la única a la que ha sucedido una cosa semejante —dijo él, sonriendo.

—Precisamente por eso mismo. Una siempre tiene noticias de que a otras mujeres les ha ocurrido algo parecido, pero no piensa que a ella le pueda pasar. Por eso mismo soy doblemente tonta, Lee.

Selfton terminó la copa y la dejó sobre la mesa.

—Usted obró de buena fe, cosa que no se puede decir de Bilthare —contestó. Y añadió—: Parece un sujeto de posición.

—Lo es. Tiene negocios... pero no me pregunte qué clase de negocios, Lee.

—Tampoco importa demasiado, María. Bien, siento haberla molestado...

—¡Pero, Lee! —exclamó ella—. Precisamente estaba rogando por verle... ¡y llegó en el momento más oportuno!

—¿Lo dice en serio? —preguntó él.

María le dirigió una sonrisa hechicera.

—¿No le dije antes que soy enemiga de la doblez?

—En ese caso, no tengo más remedio que celebrar mi oportunidad.

—Quien la celebra soy yo. Lee —dijo María—. Venga, siéntese a mi lado. Tengo ganas de charlar un rato con usted. Siempre es tan serio... ¿No ríe nunca, Lee?

—Hace mucho tiempo que dejé de reír —contestó él.

—Cuando mataron a su hermano.

—Sí.

—Pero usted es joven. Está bien que haya castigado a los asesinos de su hermano, que ayude a un amigo... pero no puede permanecer toda la vida con el ceño fruncido.

—Quizá es que no haya encontrado quien me ayuste a desarrugarlo, María —dijo él.

—Su novia, sin duda, podría colaborar...

—No tengo novia, María.

—¡Oh! ¿Enemigo de las mujeres?

—Enemigo de un fracaso sentimental.

—Eso significa que las teme.

—No puedo dejar de admitirlo.

María sonrió suavemente.

—Resulta difícil de creer, pero... es tímido con las mujeres.

—En determinado sentido, sí, lo admito.

—Es usted un hombre admirable —musitó ella, dirigiéndole una intensa mirada—. Pero algún día se casará.

—Eso espero.

—Su mujer será muy feliz con usted, Lee.

—O una desgraciada, vaya usted a saber.

María meneó la cabeza.

—No, usted no es de la clase de hombres que hacen desdichada a su esposa —dijo—. Estoy convencida de ello, Lee.

—Me halaga en exceso, María. No soy mejor ni peor que los demás, se lo aseguro.

—Hay opiniones, Lee. La mía es definitiva al respecto.

Selfton contempló un instante el bello rostro de María. Sería maravilloso vivir siempre teniéndola al lado, pensó.

—Le agradezco mucho todo lo que me ha dicho —expresó—,

pero debo marcharme.

—¿Tan pronto? —se extrañó ella.

—La hora resulta un tanto intempestiva, María.

—Soy independiente, Lee.

—Sí, lo sé, pero...

Selfton se puso en pie. Ella le imitó.

—No quiero retenerle contra su voluntad, Lee —dijo, sonriendo para ocultar la decepción que sentía.

Como la otra vez, Lee se mostraba cortés, pero inaccesible, no del todo frío, aunque si distante.

¿Temía ceder?, se preguntó.

—¿Volverá mañana? —quiso saber.

—Si no es molestia...

—Me enfadaré si no viene o me llama por teléfono —sonrió María.

—Entonces, vendré o, por lo menos, si me es imposible acudir, la llamaré. Hasta mañana, María.

—Hasta mañana, Lee.

Selfton salió de la casa. María lanzó un profundo suspiro.

Su devaneo con Bilthare quedaba muy atrás. Había llegado a enamorarse sinceramente de él, pero sus ilusiones se habían desvanecido al enterarse de que estaba casado.

Además, había podido ver que era un hombre poco sincero. Su actuación lo demostraba palpablemente. Y ella, lo había dicho bien claro, no toleraba la doblez ni el engaño.

Se acercó a la ventana y miró hacia la calle. Selfton salía de la casa en aquel momento.

Un hombre se le acercó. María creyó ver algo oscuro y, a la vez brillante, en la mano del individuo. Selfton parecía sorprendido, aunque no reaccionó.

María creyó que se le paraba el corazón. ¿Por qué montaba Selfton en un automóvil que no era el suyo?

María intuyó algo siniestro. ¿Un rapto?

Si era así, no los días, los minutos de Lee Selfton estaban contados.

Le resultó imposible contenerse. Sin preocuparse de su indumentaria, corrió hacia la puerta y descendió presurosamente a la calle.

Salió de casa justo en el momento en que el vehículo doblaba la esquina más próxima. María miró a derecha e izquierda.

—No viene ningún taxi —murmuró, llena de desesperación.

Pero entonces vio el automóvil de Selfton parado junto a la acera. Una idea se le ocurrió entonces.

Las llaves estaban puestas. Casi estuvo a punto de lanzar un grito de alegría por el descuido de Selfton. Sin pérdida de tiempo, se sentó tras el volante, dio el contacto y arrancó a toda velocidad en persecución del vehículo de los raptos.

CAPÍTULO X

SELFTON observó sin inmutarse la pistola que se apoyaba sobre su costado izquierdo. Luego fijó los ojos en el individuo que le había cerrado el paso, apenas salido de casa de María.

—¿Gwynd? —preguntó.

—No, Katz. Pero es lo mismo, Selfton —con cínica sonrisa, el pistolero dijo—: Supongo que no me habré equivocado.

—Ha acertado —contestó Selfton, impasible—. ¿Qué hago ahora?

—Entre en el coche —ordenó Katz.

—Muy bien.

Selfton se dejó conducir al interior del vehículo, cuyo motor estaba en marcha. Gwynd estaba al volante y, medio vuelto hacia atrás, le amenazaba con una pistola.

—Desármale, Eddie —ordenó.

—Claro.

Katz quitó la pistola a su prisionero.

—Ya está, Harry.

—Muy bien.

Gwynd enfundó la suya y embragó. El automóvil arrancó de inmediato.

—¿Puedo preguntar adónde vamos ahora? —dijo Selfton, una vez acomodado.

—Usted es un tipo listo. ¿Por qué no se lo imagina?

—Es verdad. Dispense.

Selfton se repantigó en el asiento. La pistola de Katz le encañonaba continuamente.

Gwynd conducía moderadamente, a fin de no llamar la atención de algún agente de tránsito urbano. Selfton, con los brazos cruzados, contemplaba el desfile de los edificios, a través de la ventanilla.

Katz habló de pronto, rompiendo el silencio al cabo de unos minutos:

—Usted mató a Starissi.

—Lo admito.

—Y a los otros tres.

—Fue una lástima que no estuviesen ustedes allí —dijo Selfton, impasible.

—Estábamos aquí. Ésa ha sido su mala suerte, Selfton.

—¿De veras?

—Es usted un tipo listo, inteligente y valeroso, todo hay que decirlo. Pero ya no nos molestará más.

—Katz, dígame, ¿de veras cree que le he molestado mucho?

El pistolero se encogió de hombros.

—A mí, no; pero yo cobro por realizar esta clase de faenas.

Gwynd aceleró. Salían de la ciudad.

—¿Vamos muy lejos? —preguntó Selfton.

—Hay un lago a veintitrés kilómetros —dijo Katz.

Selfton se puso rígido.

Su hermano también había muerto en un lago. Era una trágica coincidencia.

Había visto el cadáver de Alden cuando lo sacaron con los pies metidos en un cubo de cemento. Era algo que no olvidaría en los días de su vida.

Haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad, supo contener la ira que le dominaba. Todavía no era tiempo de pasar al contraataque.

Ahora, en la carretera, el automóvil marchaba a buena velocidad. Había un tráfico de regular intensidad y se cruzaban y rodaban paralelamente con muchos otros vehículos.

Veinte minutos después, Gwynd golpeó el volante hacia su derecha y el automóvil se metió por un camino secundario. Selfton continuaba aparentando indiferencia.

Katz se había limitado a quitarle solamente la pistola. No se le había ocurrido pensar en el estilete que llevaba en la pantorrilla derecha. Bien, lo sacaría cuando fuese necesario.

El camino se acabó cuatro kilómetros más adelante, a la orilla de un lago, situado entre montañas, de espejeante superficie. La luna brillaba en todo su esplendor.

A pesar de todo, Gwynd siguió rodando sobre un terreno

herboso, hasta alejarse unos trescientos metros del camino. Entonces paró el motor.

—Me parece que aquí estará bien —dijo.

—No hay inconveniente —accedió Katz.

Gwynd fue el primero en saltar al suelo. Sacó la pistola y apuntó a su prisionero.

Katz y Selfton le siguieron a continuación. Selfton tenía el estilete en la mano, aunque escondido en su mayor parte en la manga.

Había sido una acción rapidísima, fulgurante, ejecutada con la mayor limpieza, mientras se inclinaba ligeramente para pasar a través de la portezuela del automóvil. Era la única oportunidad que se le había presentado y no podía desperdiciarla.

No obstante, permaneció inmóvil. Eran dos pistolas contra un estilete, y debía tenerlo en cuenta.

—Bueno, Harry —dijo Katz—, saca ya los trastos.

—Espera un momento, Eddie.

Gwynd miró a su alrededor. Luego se acercó a un árbol y levantó la vista.

—Servirá —dijo.

Se volvió hacia el prisionero y sonrió.

—¿No has visto nunca preparar los «zapatos» de cemento? —preguntó burlonamente.

Selfton se mantuvo en calma.

—No —contestó.

—Bien, es sencillo. Se atan las manos del... paciente y se pasa el resto de la cuerda por una rama, procurando que los brazos queden estirados. Luego se le meten los pies en... bueno, lo vas a ver ahora, así que para qué seguir con explicaciones.

—Sí —gruñó Katz—, menos charla y al avío, Harry.

—O.K., compañero.

Gwynd se dirigió hacia la parte posterior del vehículo. Levantó la tapa del maletero y extrajo un cajón de madera, de forma aproximadamente cuadrada, y de unos sesenta centímetros de lado por cuarenta de alto.

El cajón quedó colocado al pie de la rama. Gwynd volvió al coche y trajo un saco de cemento.

—Hay otro más todavía —dijo, haciendo brillar los dientes en

una diabólica sonrisa.

—Bueno, bueno —rezongó Katz—, menos charla.

—Sólo quería divertirme un poco, compadre —respondió Gwynd.

Regresó junto al coche por segunda vez. De pronto, volvió la cabeza alarmado.

—Me parece que he oído ruido —dijo.

—¡Tonterías! —bufó el otro pistolero—. Es el viento, que mueve las hojas de los árboles...

—Te digo que he oído ruido —insistió Gwynd, todavía con el saco de cemento en las manos.

Lo dejó caer al suelo y se volvió, avanzando un par de pasos hacia la espesura, con la pistola en la mano.

Selfton dejó resbalar el estilete hasta que el mango quedó sólidamente encajado entre sus dedos.

—Parece que ve algo —murmuró, Katz cayó en la trampa y desvió un tanto la vista. Entonces, actuando con la velocidad del rayo, Selfton alargó la mano izquierda, separó la pistola de su cuerpo y empujó la derecha a fondo.

El estilete se hundió hasta el mango en el pecho de Katz, ligeramente a la izquierda. Un alarido de agonía se escapó de la garganta del pistolero.

Selfton le pegó un despiadado empujón, lanzándolo por tierra. Él lo siguió una fracción de segundo más tarde, apoderándose de su pistola casi con el mismo movimiento.

Gwynd se volvió, alarmado.

—¡Eddie! ¿Qué te ocurre? —gritó.

Los dos hombres habían desaparecido.

¿Dónde estaban?, se preguntó lleno de pánico.

De pronto, vio unas sombras tendidas en el suelo. Un chorro de luz roja brotó de repente de una de las sombras.

Gwynd sintió en su cuerpo una ardiente quemadura. La pistola escupió dos llamaradas más.

Lanzó un agudo grito y se tambaleó. Levantó la mano armada, pero de nuevo oyó un espantoso trueno frente a sí.

¿O sonaba el trueno dentro de su cabeza?

Fue lo último que oyó, antes de hundir la cara en la hierba. Estaba fresca y despedía aromas de flores silvestres, pero él ya no

sentía nada.

Selfton se incorporó, respirando a pleno pulmón.

Había eliminado un peligro cierto, aunque la verdad era que había habido momentos en que pasó graves apuros.

De repente, antes de que pudiera hacer nada más oyó un agudo grito:

—¡Lee! ¡Lee!

Selfton creyó soñar al reconocer aquella voz.

—¡María! —gritó incontinentemente.

Una sombra corrió hacia aquel claro. Selfton salió a su encuentro.

—María —dijo—. Es increíble...

Ella se colgó de su cuello, riendo y sollozando al mismo tiempo.

—Estás vivo, vivo... —gemía incoherentemente.

—Pues claro que sí. Estoy vivo... pero no entiendo cómo ha venido usted hasta aquí.

María se había colgado de su cuello y apretaba con fuerza. Selfton percibió los convulsivos estremecimientos de su cuerpo.

—Vamos, vamos, María —dijo, dándole suaves palmaditas en la espalda—. Ya no hay motivos para que esos ojos tan lindos se empañen con lágrimas. Todo ha pasado ya, ¿me comprende?

Ella hipó todavía unas cuantas veces y luego se separó ligeramente de Selfton.

—He pasado un miedo terrible... —confesó, esforzándose por sonreír.

—Lo que no entiendo es cómo está aquí —repitió él, reteniéndola todavía entre sus brazos.

—Verás... Se me ocurrió mirar a través de la ventana cuando te marchabas. Entonces vi a un tipo que se te acercaba de una forma que no me gustó nada. Sentí una especie de presentimiento... Sobre todo, cuando vi que entrabas en un coche que no era el tuyo.

—Sí —sonrió él, dándose cuenta del tuteo de la joven—. Continúa, María.

—Bien, entonces bajé corriendo a la calle, pero no vi ningún taxi. Miré a todas partes... y descubrí tu coche. Por cierto, ¿cómo dejaste las llaves puestas? No es que sea una cosa rara, pero tampoco lo entiendo en un hombre tan precavido como tú...

Selfton sonrió.

—Te lo explicaré —dijo—. Podría ocurrir que a Brake le diese por colocarme una carga explosiva en el coche. Estos días he puesto en las portezuelas y en la tapa del motor unos diminutos precintos, pero hoy, al llegar a tu casa, se me acabó el papel engomado apenas hube precintado el motor. Entonces dejé puestas las llaves de contacto, pero en determinada posición. Si hubieran manipulado en el motor, lo habría sabido de inmediato, antes de hacerlo arrancar.

Los ojos de la joven se dilataron por el horror.

—¿Tú crees que Brake es capaz de eso? —exclamó.

—Y de muchas más cosas —contestó él—. ¿No te imaginas lo que pensaban hacer esos dos tipos conmigo?

—Iban a matarte...

—Sí, pero no de una forma vulgar. Ven.

Selfton agarró la mano de María y tiró de ella. María evitó mirar los dos cuerpos tendidos en el suelo.

—Fíjate en este cajón —dijo él—. Iban a colocarme aquí, con los pies dentro y las manos atadas, estirados los brazos por medio de una cuerda que hubiera pasado por esa rama. Luego habrían llenado el cajón de cemento y...

María se estremeció.

Incapaz de soportarlo, se volvió y escondió la cara en el pecho de Selfton.

—Es horrible, horrible... —musitó.

—No se puede negar —concordó él sombríamente—. Lo mismo hicieron con mi hermano.

Callaron unos momentos. Luego, Selfton dijo:

—María, tienes que dispensarme, pero debo hacer algo poco agradable.

—Sí —contestó ella—. ¿Qué... qué vas a hacer con los cadáveres?

—Los pondré dentro del coche y dejaré que este resbale hasta sumergirse en el lago. Así creerán que se trata de un ajuste de cuentas entre pandilleros, máxime cuando vean que no eran gente de Wabasha.

La miró a los ojos.

—Tienes que ser fuerte, María —añadió.

—Sí, Lee —contestó ella.

—Espérame en mi coche. Me reuniré contigo dentro de unos

minutos.

María se alejó. Selfton recogió el arma con la que había disparado y la arrojó al lago, haciendo lo mismo con la otra pistola. Recobró la suya y también el estilete.

Minutos después, el automóvil, con los pandilleros en su interior, rodaba lentamente por la suave pendiente de la orilla, hasta sumergirse en las aguas del lago. Poco más tarde, había desaparecido por completo bajo la superficie.

Brotaron unas burbujas. Lentamente fueron haciéndose más pequeñas y escasas, hasta que el lago recobró su apariencia normal.

CAPÍTULO XI

SELFTON entró en el coche, encendió dos cigarrillos y pasó uno a María.

La joven aspiró el humo ansiosamente. Callaron un sallo.

Al cabo de unos minutos, Selfton preguntó:

—¿Te sientes mejor, María?

—Sí.

—Creo que será hora de emprender el regreso.

—Como digas. Lee.

Selfton dio el contacto. Momentos después, el coche rodaba de nuevo por el camino, de vuelta hacia la ciudad.

—Lee —dijo ella a poco.

—¿Sí, María?

—Sé algunas cosas tuyas. No quiero hacer elogios de tu carácter...

—Soy déspota y gruñón —sonrió él.

—No lo creo. Con las personas que te conocen bien, y que, naturalmente, son decentes, tienes que ser un tarro de miel.

—Exageras, María.

—No. Eres como todos los hombres adustos, pero buenos: una vez se os conoce bien, resultáis ser un pedazo de pan.

—Basta con el incienso, María —dijo él de buen humor.

—Creo que no me equivoco mucho —insistió ella—. Pero ya he dicho que no quería hacer elogios de tu carácter.

—Por fortuna, no los has hecho. ¡Si llegas a hacerlos...! —bromeó Selfton.

—Lo que quería decirte es que hay algo que ignoro de ti. Lee.

—Pregunta. Si puedo, te contestaré.

—Creo que sí, Lee —afirmó ella—. ¿Qué haces? ¿Cuál es tu oficio?

—Mi oficio actual es, aunque te parezca mentira, ranchero.

—¿Cómo en las películas del Oeste?

—Sí.

—¡Caramba, Lee! Me dejas atónita. —María se volvió a medias en el asiento para mirarle—. ¿Montas a caballo?

—Claro —sonrió él—. Pero también empleo el *jeep* y hasta el helicóptero cuando es necesario. Mi rancho es bastante grande, ¿sabes?

—Estoy que no salgo de mi asombro. Pero no eres tejano. Lee.

—No. Mi rancho está en Nevada, cerca de Utah.

—Si me lo hubieran dicho cuando te conocí, hubiese creído que trataban de tomarme el pelo, te lo aseguro.

—Pues es la pura verdad, María. Y he vivido allí casi siempre, excepto unos años. A los diecinueve pensé que la vida de ranchero era odiosa y me alisté en el Ejército. Estuve allí casi cinco años, y llegué a sargento primero. Recorrí muchas partes del mundo y estuve en unidades especiales, donde se adquieren muchos conocimientos de las técnicas de combate y del manejo de toda clase de armas.

—Entiendo. ¿Y después?

—Fui tres años policía. Pero no me gustó y volví al rancho cuando mi padre empezó a sentirse viejo para dirigirlo. Eso fue hace otros tres años.

María hizo unos rápidos cálculos.

—De modo que ahora tienes treinta años —dijo.

—Sí.

—¿Volverás al rancho... cuando termines aquí?

—No tengo otro remedio. Hay un magnífico capataz, pero en ocasiones no puede adoptar decisiones que sólo competen al propietario.

—Comprendo —ella se reclinó de nuevo en el respaldo del asiento—. ¿Es bonito tu rancho?

Selfton hizo un gesto con la cabeza.

—No se puede describir con palabras —contestó—. Me gusta vivir allí y no cambiaría aquellos paisajes por nada del mundo. Naturalmente, de cuando en cuando, conviene darse una vuelta por las grandes ciudades, pero regreso antes de que pasen un par de semanas.

—Te comprendo, Lee —murmuró ella.

Poco más tarde, llegaban a la ciudad. Selfton detuvo el coche ante la puerta de la casa de María.

—¿Vendrás mañana? —preguntó ella.

—Desde luego. Si no pudiera, trataría de avisarte por teléfono. De todas formas, no te alarmes por mí.

María le dirigió una intensa mirada.

—Sólo dejaré de estar alarmada cuando te tenga a mi lado —dijo.

Selfton la miró también. Esta vez no podía dudar.

Rodeó con el brazo los hombros de María y la atrajo hacia sí. Ella se dejó llevar y levantó la cara, ansiosa de conocer en sus labios el ardiente contacto de los del hombre.

Sonó el teléfono. Rex Brake, nerviosísimo, impidió que su hermano levantara el aparato.

Hacía ya casi veinticuatro horas que no tenía noticias de Katz ni de Gwynd.

La última llamada procedía de Katz. «Vamos a esperar a Selfton», le había dicho a las seis de la tarde.

Desde entonces, no había vuelto a saber de ellos.

Cogió el auricular y dijo:

—Brake.

—Selfton —contestó alguien al otro lado de la línea.

—¡Selfton! —rugió el pandillero.

—En efecto. ¿Le extraña?

—Pero... pero...

—Estoy vivo y coleando, y no será porque usted no haya tratado de liquidarme por todos los medios. Por cierto, ¿ha enviado una corona a la tumba de Mallini? El pobre tuvo mala suerte al caer del tejado, ¿verdad?

—Selfton, usted se está convirtiendo ya...

—¿En una plaga para usted? ¡Pues claro que sí! Si fue a eso a lo que vine aquí. A expulsarle de Wabasha o a enterrarle. Y yo cumplo siempre mi palabra, ¿comprende?

—Por el momento, gana, pero acabará por perder —farfulló el hampón.

—Usted ya ha perdido, Brake. Perdió en el momento en que decidió meter mano en el pastel que maneja mi amigo. Tiene todavía dinero; métalo en un maletín y lárguese de la ciudad. Es mi

última advertencia.

—¡Váyase al diablo!

Selfton soltó una risita.

—Como quiera, Brake, pero no se queje luego de lo que le suceda.

—Un momento, Selfton —exclamó el forajido.

—Hable, granuja.

—¿Qué ha pasado con Katz y Gwynd?

—¿Quiénes son esos tipos?

—¡No bromea! Usted los conoce bien...

—¿De veras? —Selfton volvió a reír—. Jamás he visto a esos dos tipos. Ponga un anuncio en los periódicos; diga que pagará una recompensa a quien se los encuentre... pero no me pregunte a mí por ellos.

Selfton cortó la comunicación.

Brake depositó el teléfono sobre la horquilla. Tenía la cara cubierta de sombras.

—¿Han muerto? —preguntó su hermano Andy ávidamente.

—Seguro. No ha querido admitirlo, pero si estuviesen vivos, habrían venido a verme.

—Y Starissi los recomendó como «especialistas»... —dijo Andy despectivamente.

Brake se retorció las manos con gesto nervioso.

—Tenemos que hacer algo, Andy —dijo.

—A mí sólo se me ocurre una cosa. Te aseguro que ese hijo de perra dejaría de molestarnos en el acto.

—¿Cuál es tu plan, Andy?

—Se llama María Moon.

—¡No! —aulló Brake—. Olvídala, Andy.

—Pero ¿por qué? Selfton haría cualquier cosa por...

—¡Cállate, estúpido! El señor x me ha prohibido que le hagamos el menor daño. ¿Es que no recuerdas los documentos que tiene y que me enviarían a la horca? ¿Por qué te crees que le obedezco?

Andy asintió. Su hermano tenía razón.

Brake continuó:

—¿Por qué te crees que robé a María las cartas? Lo hacía por dos motivos: por ella y por el señor x. Pero entonces vino ese maldito entrometido y...

Brake apretó los labios.

—¿Dónde están Cheetsie y Mili? —preguntó.

—Moviéndose —contestó Andy—. Averiguando dónde está ese maldito Jake Nead.

—Sí, es cierto. —Los ojos de Brake centellearon—. Está escondido en alguna parte, no cabe la menor duda. Andy, cuando averigüemos dónde está ese maldito manager, tú te encargarás de darle una lección que no olvide jamás, ¿estamos?

Andy sacó su pistola y la enseñó con gesto ufano.

—¿Una lección de este calibre? —preguntó.

—¡Estúpido! —le apostrofó su hermano—. No quiero que lo mates. Simplemente, que le convenzas de la necesidad de trabajar para mí. ¿Está claro?

Meneó la cabeza.

—Y no creas que no te dejaría que lo liquidases, pero reconozco que es un buen manager y que nadie entrenaría como él al campeón.

—Muy bien, me encargaré de la lección apenas regresen esos dos —aseguró Andy Brake, volviendo la pistola a su funda.

Lee Selfton aguardaba en una cafetería situada a discreta distancia de la casa donde residía Brake.

Llevaba ya algunas horas esperando pacientemente, oculto tras unas gruesas gafas oscuras y un bigote que le conferían un aspecto enteramente distinto del habitual. Una vez había visto llegar a dos individuos de pésimo aspecto al cuartel general de Brake y luego los había visto salir mohínos y refunfuñando algo, indudablemente no elogios hacia su jefe.

Le buscaban, no cabía la menor duda... Selfton sonrió al pensar en lo que dirían los dos pandilleros si supiesen que en ambas ocasiones habían pasado por delante de él, sin apercibirse de su presencia.

Los pandilleros volvieron de nuevo. Entraron en la casa.

Parecían más satisfechos. Incluso sonreían.

A Selfton le extrañó la satisfacción de los dos sujetos. No se sentirían tan alegres si le hubieran encontrado.

Empezó a reflexionar. ¿Estaba seguro de que sólo le buscaban a él?

La pelea de boxeo había supuesto un grave quebranto para

Brake. Selfton estaba seguro de que no había sabido digerir aún la derrota.

Había sido una derrota doble: no sólo no había conseguido hacerse el amo de Tom Haden, sino que había perdido todo el dinero invertido en las apuestas.

Por dicha razón, había decidido que Nead volviese a su escondite. Pero Brake no era tonto.

¿Y si se había dedicado a investigar el paradero del manager?

¿Y si, al fin, había conseguido dar con el escondite de su amigo?

CAPÍTULO XII

SELFTON dejó unas monedas sobre la mesa, se levantó y salió de la cafetería.

Cruzó la calle y compró un periódico en un quiosco cercano. Simulando leerlo, se apostó junto a la puerta de la casa de Brake.

Minutos después, salieron tres individuos presurosamente. Uno de ellos era Andy Brake.

Hablaban atropelladamente. Selfton captó una frase.

—¿Estáis seguros de que es Lynschell Peak? —preguntó Andy.

Selfton se puso rígido.

¿Por qué mencionaba Andy, Lynschell Peak?

Sólo había una respuesta. Sus presentimientos se habían hecho realidad.

Ciertamente, no había que desdeñar la potencia que era Rex Brake. Tenía muchos sitios donde recoger información y había en Wabasha muchos hampones que Te debían favores para no acabar consiguiendo sus propósitos.

Los forajidos se metieron en un coche y se perdieron de vista en pocos segundos. Selfton reflexionó durante unos instantes.

Podía alcanzar al trío y aun llegar al escondite de Nead antes que ellos, pero no era seguro que lo consiguiera. Además, podrían recelar de él.

No, lo mejor era emplear otro método, más rápido y eficaz.

A fin de cuentas, ¿cómo había venido él a Wabasha, a fin de desplazarse con más rapidez?

Buscó una cabina telefónica y marcó un número.

—Aeródromo de Wabasha —sonó una voz a los pocos instantes.

—Soy Lee Selfton —dijo el joven—. Póngame con el encargado de mantenimiento, por favor.

—Al momento, señor.

Selfton esperó unos instantes. En Wabasha había un aeródromo

secundario, donde aterrizaban los aviones de las líneas interiores. Además, había un

Aero-Club,

con unos cincuenta o sesenta aviones privados, de deportistas O bien de hombres de negocios.

—Mantenimiento —dijo alguien de pronto—. ¿Señor Selfton?

—Sí, yo mismo. Quiero hacerle una pregunta. ¿Cómo está mi helicóptero?

—En orden, señor. Hemos cumplido sus indicaciones al pie de la letra y está dispuesto para despegar en cualquier momento.

—Muy bien, muchas gracias. Tenga la bondad de alistarlo; tardaré solamente el tiempo justo en llegar desde la ciudad. Ah, se trata de un simple paseo de diversión.

—Comprendo, señor Selfton. Le esperamos.

—Gracias, amigo.

Selfton colgó el aparato y salió de la cabina.

Sí, usar el helicóptero era mucho más acertado.

Y más rápido. La rapidez era esencial.

El helicóptero volaba apaciblemente a unos ciento veinte kilómetros por hora y a doscientos cincuenta metros de altitud. Selfton escrutaba constantemente el camino que serpenteaba por las laderas de la zona montañosa.

Había cierto tráfico, aunque no muy denso. Por otra parte, a medida que se ganaba en altitud, la intensidad de la circulación decrecía considerablemente.

Selfton pilotaba el aparato con una sola mano. La otra le era necesaria para manejar las armas.

Porque tenía, además de su pistola, una bomba de mano, que había llevado continuamente en la guantera del automóvil alquilado en Wabasha. Ahora la tenía consigo, dispuesto a utilizarla si era precisó.

Las paletas del motor continuaban girando rítmicamente. Lucía un sol resplandeciente y la atmósfera poseía una transparencia extraordinaria.

El camino abandonó de pronto la zona abrupta y llegó a un trozo llano, que formaba como una especie de valle entre dos cadenas de montañas. Selfton divisó una nubecilla de polvo que se

desplazaba rápidamente.

Aumentó la velocidad del aparato. Sacó los prismáticos de su encastre —los usaba con frecuencia cuando tenía que perseguir o localizar reses extraviadas— y los asestó hacia el automóvil.

—Sí, es el de los pistoleros —murmuró.

Volvió los prismáticos a su sitio y dio gas al máximo, adelantándose al automóvil. La carretera, en aquel lugar, seguía un trazado casi rectilíneo. Luego se adentraba en un paso montañoso, al otro lado del cual se hallaba el chalet donde estaba su amigo, a unos cuatro o cinco kilómetros de distancia.

Ganó un par de cientos de metros más de altura y se alejó considerablemente, para iniciar luego un giro de 180.^o a la vez que perdía altura y reducía la velocidad. Pilotaba el aparato desde el lado derecho, con la puerta abierta, ya que el helicóptero era de doble mando.

Descendió a setenta kilómetros por hora tan solo, enfilando el paso rocoso, justo en el momento en que aparecía el automóvil de los forajidos. Entonces, agarró la bomba de mano, quitó la anilla y se preparó para lanzarla.

Los forajidos le vieron. Andy lanzó un grito de alarma:

—¡Eh! ¿Qué diablos pretende ese loco? Va a estrellarse contra nosotros...

El helicóptero, en efecto, daba esa sensación. Selfton aceleró en el momento de pasar sobre el automóvil y, al mismo tiempo, dejó caer la granada.

—¡Ha tirado una bomba! —aulló Brake, loco de pánico.

El conductor pisó a fondo y el automóvil saltó hacia adelante. La granada estalló apenas un segundo después, a quince metros de distancia.

Selfton viraba para observar los efectos de su ataque. Su cara se contrajo de ira.

—Se ve que no estoy entrenado para el bombardeo aéreo —masculló disgustadamente.

En el coche, Brake lanzó un rugido de rabia.

—¡Dame la ametralladora, Cheetsie!

Bajó el cristal de la ventanilla derecha y sacó medio cuerpo por la misma, empuñando una «Thompson» de pavoroso aspecto. El helicóptero viraba en aquel momento para lanzarse de nuevo al

ataque.

—Si nos tira otra bomba... —dijo Cheetsie temerosamente.

Su compañero miró con aprensión el precipicio que se abría a la derecha del camino.

El paisaje era muy hermoso, pero no cuando se contemplaba desde un vehículo lanzado a toda velocidad... Mili abrió un poco la portezuela del lado izquierdo. Si las cosas se ponían mal...

El helicóptero bajó de tal modo, que casi parecía rozar el suelo. Selfton lo lanzó hacia adelante, con el gas a fondo.

Andy disparó una ráfaga. Las balas quedaron cortas.

Selfton vio la hilera de nubecillas de polvo a cien metros de distancia y comprendió lo que sucedía. Elevó un par de metros el helicóptero y luego lo desvió ligerísimamente a un lado, volviendo luego a la carretera.

Bajó a un metro escasamente del suelo. Andy aullaba de furor.

—Más, más balas —rugió.

El helicóptero se echaba encima del automóvil. Mili cobró miedo, terminó de abrir la portezuela y se lanzó fuera del coche.

El pistolero rodó unas cuantas veces, volteando aparatosamente sobre sí mismo. Una enorme piedra le salió al encuentro, pero él no la vio. Sólo oyó un terrible estruendo dentro de su cráneo y luego quedó tendido en la cuneta, con el frontal destrozado.

Cheetsie lanzó un chillido de pavor. El helicóptero iba a chocar contra ellos. Aquel hombre era un suicida enloquecido.

Golpeó el volante hacia la derecha. La colisión era inminente.

—¡Vuelve! —bramó Andy—. ¡Vuelve al centro!

Pero ya era tarde.

Una fracción de segundo antes, Selfton tiró hacia sí del poste de mando y el helicóptero se remontó en un ángulo de 45.º grados, justo en el momento en que el automóvil saltaba al abismo.

Cheetsie se lanzó fuera, pero lo único que consiguió fue no caer con el automóvil. En el último instante, Andy Brake se tapó los ojos con las manos.

Segundos después, se oyó una atronadora explosión en el fondo del abismo. Una roja llamarada se elevó a gran altura.

Selfton describió un par de círculos sobre el lugar del accidente. Ninguno de los ocupantes del vehículo había sobrevivido.

Meneó la cabeza. No sentía ninguna satisfacción por lo que

había hecho... pero de alguna forma había que extirpar la mala hierba que eran Brake y los rufianes como él.

Enderezó el rumbo del aparato. Momentos después, tomaba tierra en una pequeña explanada situada frente al chalet.

Saltó al suelo. Nead corría hacia él, mientras Haden y sus ayudantes contemplaban la escena desde la baranda.

—¡Muchacho! —dijo el manager, atónito.

Selfton sonrió.

—¿Cómo te encuentras, Jake?

Nead movió la cabeza repetidas veces.

—Si no lo estuviera viendo, no lo creería, Lee —dijo—. Tú... en helicóptero.

—Resultaba muy útil en el rancho, Jake —alegó el joven.

—Sí, ya sé que ahora hay muchos que lo emplean —convino Nead cortésmente—. Son otros tiempos. Lee.

—¿Echas de menos los tuyos, Jake?

Nead se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? —contestó—. Fue un capítulo de mi vida... y yo no servía para asalariado, tú lo sabes muy bien, muchacho.

—Es cierto, Jake. Bueno, ¿no me invitas a una copa?

—Oh, perdona, lo había olvidado. Dispénsame, chico. Por cierto, ¿qué noticias me traes? ¿Cuándo podemos abandonar el escondite?

—Dentro de muy poco, Jake. Un par de días, tres a lo sumo.

—Está bien. Eres mucho más joven que yo, pero reconozco que para ciertas cosas no hay otro como tú. Entra y tomarás una copa. O las que te parezcan, claro.

—No será más de una —rió Selfton—. Recuerda que tengo que pilotar ese cacharro.

Nead se volvió y lanzó una mirada hacia el helicóptero.

—Será muy útil —murmuró—. No lo dudo, muchacho... pero yo sigo prefiriendo el caballo para trabajar en un rancho.

Anochecía ya cuando Selfton detuvo su coche frente a la casa de María.

Desde la calle, vio luz en su piso. Aunque ahora estaba casi seguro de que no le harían nada, colocó los precintos en el coche, como medida indispensable de precaución.

Luego cruzó la acera, entró en el edificio y se metió en el

ascensor.

Momentos después, llamaba a la puerta de María.

Repitió la llamada. María no contestaba.

Sintió un extraño nudo en la boca del estómago. ¿Y si en su ausencia Brake...?

Volvió a llamar por tercera vez. El silencio fue la única respuesta que obtuvo.

CAPÍTULO XIII

SELFTON dejó los prejuicios a un lado. Primero tanteó el pomo.

La puerta estaba cerrada con llave. Retrocedió un paso, tomó impulso y cargó con el hombro izquierdo contra la puerta.

La cerradura saltó. Selfton trastabilló un instante en el interior del piso, pero recobró el equilibrio casi instantáneamente.

Sacó la pistola. El salón estaba desierto.

De repente, un grito sofocado llegó a sus oídos.

—¡Calla, maldita! —Sonó una voz, en una de las habitaciones interiores.

El grito había sonado en el dormitorio de María. Selfton corrió hacia la puerta y se situó a un lado de la misma.

—María —llamó.

Ella intentó contestar, pero no pudo. Selfton adivinó que alguien le tapaba la boca con la mano.

El primer impulso de Selfton fue irrumpir en la estancia y emprenderla a tiros contra el atacante de María, pero se contuvo, tanto por prudencia propia, como por evitar causarle a ella el menor daño.

—Brake —dijo, procurando mantener la serenidad—. Estoy aquí, con una pistola en la mano. Salga con las manos en alto. Si me hace entrar ahí, le acribillaré a tiros sin piedad.

Hubo una pausa de silencio.

Luego alguien dijo:

—Está bien. Voy a salir, pero no tire.

—¡Lee! —gritó entonces María.

—Quédate dónde estás, nena —aconsejó Selfton—. ¿Hay alguien más ahí adentro?

—No, sólo él...

Selfton oyó unos pasos. Un hombre, con las manos en alto, apareció en el umbral.

Bilthare sonrió forzadamente.

—No era necesario ponerse así, amigo —dijo.

Selfton le miró primero con asombro. Luego con ira.

Bilthare estaba en mangas de camisa. Sonreía cínicamente.

—Sólo vine a pasar un rato de charla con una muchacha encantadora...

—¡Lee! —gritó ella—. No le creas. Es un miserable. Intentó... intentó forzarme...

Bilthare perdió la sonrisa.

—Supongo que no irá a dar crédito a esa calumnia —dijo.

Selfton inspiró profundamente.

—María, sal, que yo te vea —pidió.

Ella apareció, caminando lentamente, despeinada, con la blusa completamente destrozada.

—Lee —murmuró, roja de vergüenza.

Selfton volvió los ojos hacia Bilthare. Había rastros de arañazo en su cara.

—Repito que no debe creerla —dijo el individuo—. Fue ella quien me provocó con sus arrumacos. Luego, cuando usted llamó a la puerta, se desarregló el peinado y se rasgó la blusa... Una actitud muy típica de ciertas mujeres que se dicen honradas y no...

Selfton continuaba callado. Su semblante permanecía pétreo, inescrutable.

—¡Es mentira, mentira! —gimió María—. ¡Lee, tú no irás a creer esa mentira!

Selfton guardó la pistola. Bilthare respiró aliviado.

—Ella es una zorra, como todas —dijo despectivamente.

—Ella... es decir, la señorita Moon, va a ser mi esposa —manifestó Selfton con perfecta calma—. Y usted la ha ultrajado tan sólo de pensar que conseguiría por la fuerza lo que nunca pudo lograr de buen grado.

—¿De veras? —rió Bilthare burlonamente—. Oiga, ¿usted está ciego o qué?

El puño de Selfton se disparó repentinamente con terrible fuerza. Bilthare lanzó un rugido y retrocedió, catapultado por la potencia del golpe. Chocó contra un sillón, dio una voltereta y acabó por caer al suelo, en donde quedó encogido, gimiendo de dolor.

Selfton buscó la chaqueta del individuo, la encontró y se fue hacia él, haciéndole levantarse a viva fuerza.

—Largo, bastardo —rugió, estallante de ira—. No vuelva más por aquí o le pesará.

Bilthare salió a trompicones. Selfton tiró su chaqueta al pasillo y luego le asestó un terrible puntapié que lo lanzó nuevamente al suelo.

Acto seguido, cerró la puerta. Se volvió hacia la joven.

—Lee —dijo ella, sollozando.

—Cámbiate de ropa —ordenó Selfton inexpressivamente—. Así no puedes estar.

—Sí, Lee, lo que tú digas...

María corrió hacia su dormitorio. Selfton, mientras tanto, preparó dos copas.

Ella regresó minutos después, envuelta en una bata y con el pelo un poco arreglado. Estaba muy pálida.

—Me siento avergonzada, Lee —confesó.

Selfton le entregó una copa.

—¿Es tuya la culpa? Hazte esa pregunta a ti misma y responde luego con absoluta sinceridad. Muchas veces, un hombre hace cosas que no realizaría de no ser alentado a ellas. ¿Comprendes lo que quiero decirte?

María le miró fijamente.

—Lee, la culpa no es mía —contestó.

—Entonces, no se hable más del asunto.

—Espera un momento. Tienes que conocer la verdad de lo ocurrido.

—¿Lo estimas indispensable?

—Sí.

—Bien, en tal caso, habla.

María bebió un sorbo de licor. Luego dijo:

—Vino él... Manifestó que quería decirme adiós por última vez. Le recibí por cortesía, pero yo me sentía nerviosísima. Empezó a hablarme de sus problemas, de sus negocios que no le marchaban muy bien...

—Y eso, ¿qué tiene que ver con lo que te ha ocurrido? —preguntó Selfton.

—Aguarda, Lee. Parecía como si quisiera desahogarse conmigo.

Le dejó hablar. Dijo que su socio de Nueva York había muerto trágicamente, en un accidente, con tres empleados más. Luego mencionó a otros empleados de aquí, de Wabasha, los cuales trabajaban mal, descuidadamente. Le habían hecho perder mucho dinero. Confiaba en unos negocios que tenía pendientes para ganar una enorme suma de dinero. Entonces, él y yo nos hubiéramos ido muy lejos de Wabasha, sin temor a dificultades económicas...

—Todo eso suena a disculpas de tipos inútiles que quieren descargar sobre otros las culpas de su incapacidad propia —gruñó Selfton.

—Sí, así lo estimé yo. Él parecía muy acalorado. Se quitó la chaqueta... De pronto, se arrojó sobre mí y me arrastró a viva fuerza hacia el dormitorio. Cuando llamaste tú por primera vez, me puso la mano en la boca...

—No quería que gritases, ¿eh?

—Sí, quería que pensaras que yo estaba fuera. Pero no contó con que tú harías saltar la cerradura...

—Está bien —cortó Selfton—. Voy a decirte una cosa, María.

—Sí, Lee.

—Te prohíbo terminantemente que vuelvas a hablar más de este asunto.

—Lo haré, Lee.

—Nada más. Eso es todo.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—¿Eso es todo, Lee?

—Sí, ¿qué otra cosa quieres que te diga?

María se mordió el labio inferior.

—Antes... dijiste que yo iba a ser tu esposa...

—Es cierto, María, Y yo no acostumbro a mentir.

—¡Oh!

María lanzó un grito y se arrojó en brazos de Selfton, escondiendo la cabeza en su pecho.

Selfton la abrazó, sintiendo los estremecimientos que el llanto causaba en el cuerpo de la joven.

—No hay quien entienda a las mujeres —gruñó—. Cuando deberían estar más contentas, se ponen a llorar como Magdalenas.

Selfton no perdió mucho tiempo en casa de María. Tenía mucho que hacer. Y su primera acción fue buscar una cabina telefónica.

Marcó un número. Luego puso un pañuelo delante de la boquilla del aparato.

Alguien contestó ansiosamente desde el otro lado del hilo.

—¿Andy?

—Sí —contestó Selfton, torciendo un poco la boca.

—¿Cómo ha ido la cosa? ¿Le diste la lección a ese viejo cuervo?

—El pájaro había volado cuando llegamos. Pero te daré una noticia sensacional.

—¿Sí, Andy?

—Está de nuevo en su casa. Vente para allá. ¿No te gustaría presenciar mi actuación?

—O. K., Andy, iré enseguida. ¿Qué sabes ese Selfton?

—Tengo la casa bien vigilada. En cuanto aparezca, le llenarán el cuerpo de plomo.

—Muy bien. Nos veremos ahora mismo.

Sonó un «click». Selfton sonrió mientras colgaba el aparato de la horquilla.

Brake había caído en la trampa.

Acudiría a la casa de Nead. Entonces le obligaría a hablar.

Le obligaría a que le dijera el nombre del misterioso señor x.

Y en cuanto lo supiera, podría afirmar que su labor de extirpar la mala hierba habría concluido.

Mientras tanto, Rex Brake reflexionaba.

Sentíase muy incómodo teniendo sobre sí al señor x. Hasta el momento, todos los esfuerzos realizados por deshacerse de él habían resultado estériles.

Pero tal vez ahora fuese llegada la ocasión. ¿Por qué no intentarlo?

Una sonrisa se formó en sus labios en tanto marcaba un número de teléfono. Pronto oyó una voz conocida.

—¿Señor X? Brake —dijo—. Tengo buenas noticias para usted.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata? —contestó el otro con glacial indiferencia.

—Selfton, señor x.

—¡Ah! —Tras una leve pausa, el otro dijo—: ¿Qué pasa con Selfton?

—Lo tengo atrapado, señor x. ¿No le gustaría echarle una miradita?

De nuevo hizo x otra pausa.

Al fin contestó:

—Tal vez sí, mi querido Brake, tal vez sí.

CAPÍTULO XIV

REX BRAKE detuvo el coche frente a la casa de Jake Nead y vio algunas luces.

—Imprudentes —farfulló, mientras cerraba el contacto—. Debieron de haberlo bajado al sótano.

Abrió la portezuela con la sonrisa en los labios. Ahora, por fin, se iba a desquitar de todas las humillaciones que le había hecho Selfton. ¿Qué se había creído aquel detective de pacotilla?, pensó, mientras caminaba a lo largo del sendero enarenado.

Primero iría Nead, por supuesto. El manager tenis que aprender de una vez quién era el amo.

Luego le obligaría a llamar a Selfton. Selfton acudiría sin duda.

Y ahí se habría acabado todo. Aquella misma noche, por supuesto.

Llegó a la puerta. Observó que estaba entreabierta.

Empujó.

—¡Andy!

Brake dio dos pasos dentro de la casa.

—¡Andy!

Empezó a sentir frío.

¿Por qué no contestaba su hermano?

—¡Andy! Condenado estúpido. ¿Dónde diablos te has metido?

La puerta se cerró de golpe. Brake se volvió de un salto, a la vez que metía la mano dentro de su chaqueta.

Pero no llegó a sacar la pistola que llevaba en la funda axilar. Le contuvo la visión de otra pistola empuñada por una mano de firmeza berroqueña.

Selfton estaba sentado en un sillón, situado justamente al lado de la puerta. Le había bastado pegar una patada para cerrarla.

—Hola, bastardo —saludó, con la sonrisa en los labios—. No me esperabas, ¿verdad? Creías encontrarte aquí con mi amigo Nead,

pero parece que la cosa ha resultado un poco distinta. ¿No es así?

La nuez de Brake subió y bajó convulsivamente.

—¿Do... dónde está mi he... hermano?

—En estos momentos hay una gran fiesta en el infierno. Les ha llegado un pajarraco de importancia.

Un golpe de sangre subió a la cara de Brake.

—¡Lo ha matado usted! —chilló.

—Sí —admitió Selfton sin inmutarse—. Es algo que podría haberse evitado si usted me hubiese hecho caso desde el primer día. No ha sido así, aténgase, pues, a las consecuencias.

—Lo pagará —dijo Brake babeando de ira—. Lo pagará...

—Usted no está en condiciones de amenazar, sino de obedecer cuanto yo le indique —contestó Selfton, a la vez que se ponía en pie—. Vuélvase.

Brake giró sobre sus talones. Selfton le dio un pequeño golpe encima de la oreja derecha, con el fin de aturdirle ligeramente.

—Camine —ordenó.

Brake obedeció a trompicones. Con la mano izquierda, Selfton le guió hasta la entrada del sótano, en donde se detuvo.

—Mire hacia abajo, Brake —ordenó.

El forajido hizo lo que le decían, aunque guardó silencio.

—Quiero saber una cosa —continuó Brake—. Quiero que me diga el nombre del señor x.

Brake apretó los labios. Selfton intuyó el gesto.

—Está bien —dijo—. Usted puede insistir en su silencio. No se lo impediré. Pero ya veremos si sigue pensando igual dentro de tres días.

—¿Me va a encerrar ahí?

—Sí.

—Escuche...

—¡El nombre de x! —rugió Selfton.

—¡Mis hombres vendrán y...!

—Ya no le queda ninguno, salvo, tal vez, algún hampón de quinta categoría —dijo Selfton duramente—. Los dos que iban con su hermano han muerto también.

Brake se aterroró.

¿Qué clase de hombre era aquel que le apoyaba una pistola en los riñones?

¿Era un demonio?

—Hay una cosa que me extraña —dijo Selfton—. Usted es un tipo poco dado a obedecer, como no le pongan una pistola debajo de las narices. ¿Cómo toleraba las órdenes de x?

Brake vaciló un instante.

—Es un asunto particular entre ambos —contestó de mala gana. Selfton reflexionó.

—¿Un asunto particular? —murmuró.

Y, de repente, creyó comprender.

—Chantaje —dijo.

El silencio del *gangster* resultaba altamente revelador.

—Tiene que ser una cosa gorda, porque, de otro modo, no le obedecería. ¿Algún asesinato? —inquirió Selfton.

—¡Váyase al diablo! —exclamó Brake, furioso.

Selfton se echó a reír.

—No haga alardes de mal genio, porque de nada le va a servir —dijo—. Y a todo esto, aún no me ha dicho el nombre de x.

—¿Por qué no lo averigua usted? —contestó Brake de mal talante.

—Sería un excelente ejercicio mental, en efecto. Pero no tengo tiempo para perderlo en reflexiones. ¿Habla o le encierro?

—Enciérreme —le desafió el *gangster*.

—Bueno, si lo prefiere así...

En aquel momento, se oyó un ruido distante.

Alguien acababa de entrar en la casa.

Selfton volvió ligeramente la cabeza. Brake adivinó su gesto y le propinó un empujón con la mano izquierda, haciéndole separar unos cuantos pasos de sí trastabillando.

Al mismo tiempo, sacó la pistola. Pero no fue lo bastante rápido para Selfton.

La pistola del joven vomitó tres silenciosas llamaradas. Brake pegó un salto convulsivo y cayó de cabeza hacia la escalera, por la que rodó aparatosamente hasta detenerse al pie de la misma.

Selfton inspiró con fuerza. Brake se había ido al otro mundo guardando el secreto que tanto le interesaba conocer.

Una voz pronunció bruscamente el nombre del *gangster*.

—¡Brake!

Selfton se puso rígido al oír aquella voz.

¿Era la primera vez que la escuchaba?

Reflexionó, mientras el recién llegado pronunciaba de nuevo el nombre del *gangster*.

¿Qué había dicho María de su atacante aquella noche?

—Ah, sí... negocios frustrados a causa de un accidente en Nueva York, en el que habían muerto un socio suyo y tres de sus empleados de confianza.

Y en Wabasha, sus empleados habían defraudado su confianza, haciéndole fracasar otros negocios, con los cuales esperaba ganar importantes sumas de dinero.

La cosa estaba clara ahora.

Retrocedió en silencio, buscando un lugar para ocultarse. El recién llegado gritó por tercera vez:

—¡Brake! ¡Diablos! ¿Dónde se ha metido?

Selfton guardó silencio. Sonaron pasos que se acercaban.

Un hombre entró en el gimnasio. Lo cruzó y se asomó a la entrada del sótano.

Inmediatamente, sufrió una fortísima convulsión.

—Brake —dijo, aterrado.

—Ha muerto —sonó una voz a sus espaldas.

Bilthare se volvió.

Los arañazos destacaban como trazos oscuros en una cara de una blancura absoluta.

—Selfton —murmuró.

—El mismo, señor x —confirmó el joven, con los brazos cruzados.

Bilthare se llenó los pulmones de aire.

—Se lo ha dicho ese bastardo de Brake —acusó.

—Me lo hubiera dicho, de todas formas, pero ha muerto antes de poder hablar —declaró Selfton fríamente.

—¿Entonces...?

—Hoy mismo declaró usted que ciertos negocios le habían fracasado en Nueva York, a causa de un accidente en el que un socio suyo y tres de sus empleados habían muerto. Ese socio era Charlie Starissi.

«Los empleados de Wabasha le fracasaron también, con lo que los negocios de aquí se le fueron al diablo, y con ellos una

importante suma de dinero. El jefe de esos empleados era Rex Brake y uno de los negocios era el cincuenta por ciento de los beneficios que esperaban obtener con Tom Haden. ¿Me equivoco, Bilthare?».

Hubo una pausa de silencio.

—¿Cómo presionaba usted sobre Brake? —preguntó Selfton—. Porque no era un tipo que se dejase mandar, si no era con una pistola en el pecho.

—Tengo guardadas las pruebas de un asesinato que cometió —respondió Bilthare roncamente.

—Ah —murmuró Selfton—. Así, se comprende. También se comprende que no le gustase que siguiera molestando a María Moon, ¿verdad? ¿Qué dijo usted cuando nos ametrallaron al salir del hotel?

Bilthare se encogió de hombros.

—No sé nada de eso —contestó.

—Debió de enojarle mucho —supuso Selfton—. Lo cierto es que Brake estaba loco por María, pero usted debió de cortarle las alas. No le gustaban las preferencias de Brake, ¿verdad?

—Hablemos de otra cosa, Selfton —dijo Bilthare.

—¿Sí?

—Dinero. ¿Cuánto?

—¿Usted a mí o yo a usted? —preguntó Selfton burlonamente.

—Le ofrezco diez mil dólares. Lárguese de la ciudad y olvide todo lo que ha pasado. Incluso a María.

Selfton dejó escapar una estruendosa carcajada.

—Nunca había oído nada tan divertido —dijo—. ¿Me cree estúpido?

—Entonces, ¿no hay arreglo?

—No.

Bilthare suspiró.

—Es una lástima, Selfton —dijo—. Voy a tener que matarle.

Selfton tenía su pistola enfundada. Bilthare le sorprendió, sacando una del interior de su chaqueta.

—No le creí capaz de usar armas —dijo Selfton.

Bilthare sonrió espantosamente.

—Ahora le daré una prueba de su error —contestó—. No tengo muy buena puntería, pero sobran balas para rectificar fallos.

El índice de Bilthare se contrajo. Selfton se dejó caer de espaldas

al mismo tiempo.

Salió la bala, que pasó alta. Selfton hizo fuego desde el suelo, de abajo arriba, enviando varios proyectiles al pecho de su adversario.

La cara de Balthare se contrajo horriblemente. Soltó la pistola y se agarró el vientre con ambas manos.

Estuvo así un instante. Luego cayó de bruces, pateó un poco y murió.

Selfton se puso en pie.

Sacó un pañuelo. La pistola de Brake tenía que quedar en la mano de Balthare. La suya iría a parar a la de Brake. Era preciso, por tanto, limpiar convenientemente todas las huellas dactilares.

La policía creería que los dos individuos se habían dado muerte tiroteándose entre sí. No tenía miedo a las consecuencias de sus actos, pero quería eludir la publicidad.

Minutos más tarde, salía de la casa.

No volvió la vista atrás. Ya no había malas hierbas en Wabasha.

María escuchó en silencio el relato que le hizo Selfton al día siguiente.

Al terminar, se puso en pie y caminó hacia la ventana, en donde quedó inmóvil, iluminada por la luz del sol que llegaba oblicuamente.

Selfton contempló a contraluz la silueta de la joven. El pecho de María subía y bajaba con rapidez, aunque poco a poco fue adquiriendo un ritmo normal.

—Y todo eso lo has hecho por un amigo —dijo ella, al cabo de un rato.

—Primero lo hice por Jake. Tiene diez años más que yo y trabajó de joven en el rancho. Había sido boxeador y estuvo unos años con nosotros. Pero no le gustaba demasiado aquella vida y abandonó el rancho, convirtiéndose en entrenador de boxeadores. Fue siempre un amigo fiel y leal de la familia.

—Comprendo.

—Pero luego te conocí a ti y decidí que no iba a permitir que nadie te causara el menor daño.

María se volvió hacia el joven.

—¿Qué harás ahora? —preguntó.

—Me volveré al rancho, naturalmente.

—Ah...

—Pero no solo.

Selfton se puso en pie y avanzó lentamente hacia ella.

—Yo me pregunto una cosa —dijo.

—¿Cuál es, Lee? —quiso saber ella.

—Eres dibujante y diseñadora. Las que son como tú, ¿se diseñan ellas mismas su propio traje de novia?

Una dulce sonrisa iluminó el rostro de María.

—¿Te gustaría que me lo diseñara yo misma?

Selfton la estrechó en sus brazos.

—Pero se tardaría mucho tiempo en tenerlo listo —alegó.

—Bueno, a fin de cuentas, lo interesante es la boda. Y venden trajes de novia ya hechos. Con un ligero retoque, están listos en pocas horas. Lee.

Selfton la besó suavemente en los labios.

—Entonces, no pierdas tiempo —dijo—. Cuando vuelva al rancho, quiero hacerlo en compañía de mi esposa. Es decir, si quieres venir allí...

María se colgó de su cuello y suspiró.

—El deber de una esposa es seguir a su marido, dondequiera que este vaya —dijo.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

